

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

MORTALMENTE
TUYA

*Lou
Carrigan*



Nick Barry, agente de la CIA, llegó a Berlín, procedente de Hamburgo, el día quince de diciembre a las cinco de la tarde, y se fue directo a la Bismarckstrasse. Conocía Berlín bastante bien, y, salvo algún que otro lío debido a las direcciones prohibidas en las calles y avenidas, no tuvo mayores dificultades en alcanzar su objetivo.

El número que buscaba de la calle Barbarossa estaba cerca de la plaza del mismo nombre, casi haciendo esquina con Martin Luther Strasse. Fue en esta calle donde encontró un estacionamiento para su Mercedes. Se aseguró de que lo dejaba bien cerrado, y se encaminó a pie hacia el edificio frente al cual había pasado poco antes.

El edificio era casi una reliquia arquitectónica, uno de los que se habían salvado de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Había sido remozado y en general presentaba un aspecto agradable.



Lou Carrigan

Mortalmente tuya

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1666

ePub r1.0

Lds 21.02.19

Título original: *Mortalmente tuya*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Nick Barry, agente de la CIA, llegó a Berlín, procedente de Hamburgo, el día quince de diciembre a las cinco de la tarde, y se fue directo a la Bismarckstrasse. Conocía Berlín bastante bien, y, salvo algún que otro lío debido a las direcciones prohibidas en las calles y avenidas, no tuvo mayores dificultades en alcanzar su objetivo.

El número que buscaba de la calle Barbarossa estaba cerca de la plaza del mismo nombre, casi haciendo esquina con Martin Luther Strasse. Fue en esta calle donde encontró un estacionamiento para su Mercedes. Se aseguró de que lo dejaba bien cerrado, y se encaminó a pie hacia el edificio frente al cual había pasado poco antes.

El edificio era casi una reliquia arquitectónica, uno de los que se habían salvado de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Había sido remozado y en general presentaba un aspecto agradable.

Nick Barry subió hasta el segundo piso de este edificio, llamó a una de las dos puertas, y miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las cinco y veintisiete, es decir, que llegaba con tres minutos de adelanto sobre la hora prevista.

Le abrió un hombre de edad parecida a la suya, unos treinta años, que le sonrió levemente.

—¿Barry?

—Sí.

El hombre se apartó, y Nick entró en el apartamento, de ambiente amplio, de techos altos. El hombre cerró la puerta, y señaló hacia el interior. Nick le precedió. Cuando entraron en la salita, Nick la abarcó de un vistazo. Nada a destacar, salvo la presencia de otros hombres, dos de ellos jóvenes, altos y fuertes,

como el que había abierto la puerta, como el propio Nick Barry.

El tercero ya no era joven. Debía tener unos sesenta años, y sus cabellos canosos eran abundantes. Vestía muy bien, todo él era pulcro, correctísimo. Tras los cristales de las gafas brillaban unos perspicaces ojos grises que se fijaron amablemente en el recién llegado.

—¿Qué tal, Nick? —saludó afablemente, tendiendo la diestra.

Nick Barry se adelantó a estrecharla, respondiendo:

—Muy bien, señor. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Cosas del oficio —sonrió el otro—. ¿Buen viaje?

—Perfecto. Sólo han sido trescientos kilómetros. Un paseo.

El hombre de más edad asintió, y señaló a uno de los dos que ya estaba en la salita cuando entró Nick.

—Te presento a Aldo Weston. Aldo, él es Nick Barry.

Weston tendió, la mano, sonriente.

—¿Qué tal, Nick? Celebro conocerte.

—Lo mismo digo.

El jefe de la reunión no presentó a los otros dos hombres, pero Nick no se sorprendió en absoluto. Conocería a quien debía conocer y a nadie más. Si le habían presentado a Aldo Weston era por algo, y se acabó. Y por supuesto, no hacía falta que el jefe mencionase que Aldo Weston era de la CIA.

—Vamos a tomar unos tragos —dijo el jefe—. El punto de partida del asunto es fácil de explicar, pero deberemos montarlo todo muy bien para la operación. Bueno, sentaros.

Nick y Aldo se sentaron, ambos en el sofá, frente al jefe, que los miraba apaciblemente. Actitud que no engañaba, a Nick Barry. Ya conocía de otras ocasiones a aquel hombre: frío, metódico, inalterable. La clase de sujeto que si le dijeran que acababan de nombrar presidente de los Estados Unidos a un ruso, por ejemplo, se limitaría a alzar una ceja y a preguntar ¿por qué? Porque para él siempre había un porqué, una causa, un objetivo a conseguir. Sobre todo, en el espionaje, que era lo suyo.

Nick Barry era alto, atlético, fuerte. De cabellos rubio oscuro, ojos castaños, frente amplia, mentón firme. Se le tenía en muy alta estima por sus servicios prestados en Europa, sobre todo en terreno alemán, desde hacía años. Sólo una vez tuvo un tropiezo, y supo salir de él muy bien librado. Era el agente eficaz y sobrio capaz de

realizar los más retorcidos trabajos sin inmutarse.

Mirando de reojo un instante a Aldo Weston, Nick pensó que, por supuesto, su compañero debía tener características parecidas a las suyas, habida cuenta de que, evidentemente, iban a trabajar juntos en algo. Weston era casi tan alto como él, más rubio, de ojos claros. Por lo demás, poca diferencia.

Servidos ya unos tragos para todos, el jefe bebió un sorbo de *whisky*, esperó a que Nick encendiera un cigarrillo, y dijo, con su flema habitual:

—Tenemos algo que podría ser muy importante: un agente de la Alemania Oriental que al parecer fue adiestrado en la escuela rusa de Kichino, quiere pasarse a nuestro bando, y nos ofrece una información muy interesante a cambio de nuestra ayuda.

—Ayuda... ¿para qué? —preguntó Weston.

Nick Barry se limitó a mover las cejas, sorprendido. ¿Otro agente que se pasaba a Occidente? Vaya una cosa. Había cientos de desgraciados que pretendían conseguir eso. Nick se dio cuenta de que el jefe le estaba mirando con cierta socarronería, y sonrió a su vez.

—¿Tenemos que ayudarle a escapar? —preguntó.

—Me parece, Nick, que no consideras el asunto muy importante.

—Francamente, no, señor. Hay muchos de esos tipejos que se ofrecen a cambio de una información que luego resulta no valer nada.

—Esta vez es diferente.

—¿Qué información nos ofrece?

—No lo sabemos, pero asegura que es importantísima. Algo muy gordo. Así se lo dijo a nuestro contacto que buscó en el otro lado. Nos dijo que si no aceptábamos ofrecería el asunto a los británicos o a los franceses. Una cosa es segura: ese agente es de alto nivel. De otro modo, no habría sabido cómo llevar el asunto con nuestro contacto. Y lo ha hecho muy bien.

—¿Qué contacto ha utilizado?

—Uno de los mejores. Y el... diálogo no ha sido personalmente, sino por medio de notas. Si nosotros aceptamos debemos dejarle una nota a él en determinado lugar de Berlín Oriental. Y eso, antes del mediodía de mañana. Si no encuentra esa nota, dejaremos de tener noticias de él..., y la tendrán los británicos o los franceses.

—¿Por qué nos ha escogido a nosotros? —preguntó Weston.

—Parece que la CIA le inspira más garantías.

—Es decir —dijo Nick— que tenemos que jugárnosla para sacar a ese tipo de allá.

—No. El tiene medios para cruzar el muro sin problemas. Lo que pide es ayuda adecuada para llegar a París sin tropiezos. Quiere, además, un pasaporte no americano y un millón de dólares.

Weston y Barry se quedaron mirando impresionados al jefe. Un millón de dólares. Un espía que pedía esa cantidad, o estaba loco o tenía algo que valía, en efecto, un millón de dólares.

—Sí —dijo el jefe—, eso es lo que nos impulsa a aceptar sus condiciones. Claro que lo del millón de dólares podría ser el sueldo de un desgraciado para interesarnos mucho, pero dudo que se exponga a nuestras iras después de que descubriésemos el engaño. No lo pasaría nada bien, y él lo sabe.

—¿Quién es ese tipo? —Gruñó Nick.

—Tampoco lo sabemos. Se hace llamar Fuchs, o sea, zorro en alemán. El mismo preparó la cita, en Berlín Oeste. Dado que tiene sus medios para venir aquí, no hay problema en eso.

—¿Cuándo y dónde es la cita? —se interesó Weston.

—Dando por sentado que él tenga la nota mañana al mediodía lo más tarde, estará en esta zona, concretamente en el 24 de Bismarckstrasse, mañana a las ocho de la noche...

—En esa dirección está la Opera Alemana —saltó Barry.

—Sí. Fuchs estará allí, o pasará por allí, a las ocho, y llevará como identificación dos libros bajo el brazo izquierdo, y un paraguas en la mano derecha.

—Ya. Evidentemente, Fuchs tiene la seguridad de que estará en esta zona mañana, aceptemos o no su oferta. Sólo que si no la aceptamos, quedará citado con los británicos o con los franceses en otro lugar y con otra contraseña.

—Claro. Pero nosotros vamos a aceptar. Fuchs pasará por delante de la Opera, no se detendrá. Tú le seguirás, Nick, y Aldo te servirá de cobertura. Pero no debes acercarte a Fuchs hasta que a éste, accidentalmente, se le caiga uno de los libros. Si se le caen los dos, significa que hay peligro, y, que no se debe producir el contacto.

—Un tipo listo, ¿eh?

—Debemos suponer que hace tiempo que sabe que tendrá que estar en esta zona mañana, y ha podido prepararlo todo a su gusto y conveniencia. Y por supuesto, tiene que ser listo; si los rusos lo adiestraron en su escuela de espionaje será por algo, ¿no? Tiene que ser alguien importante, seguro. No olvidemos que pide un millón.

—Me parecería absurdo —sonrió secamente Weston— que todo esto fuese una trampa para pescarnos a uno o dos de nosotros.

—Completamente absurdo. Nuestros colegas están ahora sumamente ocupados en Polonia con lo de Lech Walesa y su sindicalismo Solidaridad. Tienen allá un buen jaleo..., en el que, naturalmente, estamos metiendo las narices. Considerando esto, el hecho de conocer a dos agentes de la CIA en Berlín les debe parecer una tontería. De todos modos, os he hecho venir de Hamburgo y de Viena a vosotros porque aquí no sois conocidos, y los dos habláis perfectamente el alemán, y Nick el ruso, además. Eso me inclina a elegirlo a él para el contacto inicial directo con Fuchs. Si éste es ruso, y no alemán, como nos ha dicho, tú lo sabrás, Nick.

—No es tan fácil —torció el gesto Nick Barry—, pero haré lo que pueda. Hay muchísimos agentes rusos que hablan el alemán mejor que yo.

—De todos modos, no creo que haya engaño —movió la cabeza el jefe—. ¿Qué ganarían identificando a dos hombres?

Eso lo estamos haciendo continuamente ambos bandos. Tiene que ser todo verdad..., y muy importante. De modo que aceptaremos. Y ahora, vamos a entrar en detalles. A las ocho menos cinco, tú, Nick...

* * *

A las ocho menos cinco minutos de la noche siguiente, Nick Barry llegó a pie, paseando, frente a la Deutsche Oper, en el 24 de Bismarckstrasse, y se dedicó a examinar los programas de las representaciones. El tráfico no era demasiado intenso, y el asfalto relucía como teñido de colores debido a la fina pero densa, apretada lluvia.

A las ocho menos un minuto, Nick se colocó mirando hacia la calle, encendió un cigarrillo, y con él en los labios se subió el cuello de la trinchera. No llevaba paraguas, de modo que estaba

justificado qué permaneciera allí de pie, a la espera de un taxi, o que amainara un poco la lluvia.

No se molestó en mirar su reloj ni siquiera cuando supo que ya pasaban por lo menos dos minutos de las ocho. No tenía por qué hacerlo. Fuchs se presentaría o no, eso era todo, por mucho que él mirase su reloj.

Sólo que cuando calculase que eran las ocho y cinco sí lo miraría, y, simplemente, se iría..., si algo no se lo impedía. Podía ser todo una trampa contra él. ¡Maldito Fuchs!

La muchacha apareció de pronto, cobijada bajo un paraguas reluciente. Nick Barry la vio primero de frente, de la barbilla para abajo, pues el paraguas, muy bajo, tapaba la mayor parte del rostro. Supo enseguida que era joven. Y rubia, pues vio sus largos cabellos. Llevaba una trinchera apretada en la cintura, revelando su forma esbelta. Tenía las piernas muy bonitas.

Y bajo el brazo izquierdo llevaba dos libros.

Nick Barry quedó atónito un instante, con el cigarrillo colgando de los labios, entornado un ojo. La muchacha pasó ante él, caminando con graciosa agilidad sobre sus zapatos de alto tacón. Era un monumento, tenía un cuerpo espléndido.

Por fin, Nick parpadeó, tiró el cigarrillo, y partió en pos de la muchacha cuando ésta se hallaba ya en la esquina. Ella cruzó la calle perpendicular, y continuó en dirección a la Charlotten Platz. Pero no llegó a ésta, sino que dobló la siguiente esquina y subió por Wilmersdorfer Strasse. Apenas llovía ahora.

Nick Barry continuó tras ella, inmutable, inexpresivo el rostro. Al llegar a Christstrasse, ella giró de nuevo, y poco después pasaba ante la Luisenkirche, la Iglesia de los Luises, ubicada en la pequeña plaza. Continuó por la Christstrasse, hasta cruzar la Schlosstrasse. Aquí, apenas cruzada esta calle, la muchacha se detuvo bruscamente.

Se le había caído uno de los libros.

Ella se inclinó, lo recogió, y continuó su camino, dejando a Nick Barry con la relampagueante visión de la larga cabellera rubia moviéndose.

Unos pasos más allá la muchacha se detuvo ante el portal de una casa, cerró el paraguas, y entró. Nick Barry entró tras ella seis o siete segundos más tarde. La muchacha estaba allí, esperándole.

Era bellísima. Sus ojos eran grandes, verdosos, inteligentes. Sus facciones eran delicadas, pero no blandas, sino enérgicas. Un gracioso hoyuelo vertical hendía su barbilla. Era preciosa, preciosa. Ella, simplemente, dio media vuelta, y emprendió la ascensión de las escaleras. Nick Barry pudo ver mejor sus piernas sensacionales. Luego, se volvió, dio un par de pasos, y quedó en el umbral del edificio. El coche que conducía Aldo Weston pasaba lentamente por allí delante en aquel momento. Nick Barry se tocó como casualmente la nariz, dio la vuelta, y subió tras la rubia.

Se detuvo de pronto.

Ya no oía su taconeo.

Continuó subiendo, sin hacer ruido. La volvió a ver, ahora ante una puerta abierta, vuelta hacia él. La muchacha entró, dejando la puerta abierta.

Nick Barry entró tras ella, y cerró la puerta.

CAPÍTULO II

—Supongo que ha cenado ya —dijo la muchacha, en alemán.

—Sí.

—Entonces, tomaremos café. Lo compré esta tarde, cuando llegué. ¿O prefiere *whisky*?

—Francamente, sí.

—Entonces yo también beberé *whisky*. Pase. El apartamento es muy pequeño. Muy adecuado.

—Adecuado... ¿para qué?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Para realizar una pequeña operación que requiere una breve estancia en Berlín Oeste. Se supone que voy a estar aquí no más de cuarenta y ocho horas.

Ella giró, y Nick la siguió. La muchacha encendió la luz de la salita, dejó el paraguas y los libros a un lado, y fue hacia un vetusto mueble-bar de formica. Un horror de mueble. Nick Barry estaba mirando a todos lados. Oyó el gorgoteo del *whisky*, y miró a la muchacha, que terminó de llenar otro vaso y le tendió uno a él.

—Supongo —dijo— que no está usted solo en esto.

—¿Y usted?

—Yo sí —rió ella; se sentó en el sofá, y Nick lo hizo en un sillón, frente a ella, mirándola... y admirándola—. Comprendo muy bien que ustedes desconfíen.

—Gracias. Acláreme una duda, por favor: ¿usted es Fuchs?

—En efecto.

—Pensábamos que se trataba de un hombre.

—Ah, ya. Bueno, ¿cuál es la diferencia?

—Si realmente el asunto vale la pena, ninguna. ¿Cuál es el asunto?

Ella le miró como súbitamente divertida.

—¿De verdad espera que se lo diga todo ahora, sin más? En ese caso es usted muy americano, muy directo. De todos modos, supongo que lo han elegido bien, y que sabrá aceptar mis... condiciones.

—¿Cuáles son? Aparte del dinero y el pasaporte, claro.

—¿Acaso trae usted ambas cosas?

—Por supuesto que no —frunció el ceño Nick.

—Bueno, voy a decirle cuáles son mis condiciones, señor... Bueno, ¿cómo debo llamarlo?

—Nick.

—De acuerdo —asintió ella con un gesto—. Mis condiciones son que no tendrán ustedes la información hasta que yo me halle a salvo en París.

Nick Barry se quedó mirándola fijamente, apretados los labios. Por fin sonrió, apretando más los labios.

—De acuerdo. No veo la dificultad en hacer ese viaje. Podemos partir cuando usted guste.

—Usted corre demasiado.

—Tal vez, pero no veo por qué hemos de esperar.

—Hemos de esperar porque esta noche espero una llamada telefónica —señaló el teléfono— que me facilitará cierta información para el trabajo que debo realizar aquí. Y hasta que no haya realizado ese trabajo no me parece conveniente salir de Berlín.

—¿Porqué?

—Porque si me fuese ahora con usted, y ellos volvieran a llamarme y yo no estuviese aquí, quizá se les ocurriese venir a saber por qué no contestaba al teléfono. Pueden llamarme o venir en cualquier momento después de las nueve, y si no me encuentran pues... me buscarán.

—Entiendo. Sí, sería mal asunto que empezasen a buscarla tan pronto.

—Muy mal asunto. Digamos que mi feliz llegada a París sería más que problemática. O bien, si llegaba a París en avión, quizá me estuviesen esperando en el aeropuerto. O bien...

—Sí, sí, sí, conozco ese sistema, y otros muchos. Veamos si lo he entendido. Usted sabía que tendría que venir a Berlín Oeste para hacer un trabajo, y creyó que podía aprovechar la oportunidad para

no regresar jamás al otro lado. Y como dispone de material importante lo está utilizando como... moneda para que la ayudemos.

—Así es. Pero no podré marcharme hasta haber realizado ese trabajo. Sólo entonces ellos dejarán de estar en contacto conmigo, todos se relajarán, y entonces sí dispondremos de tiempo..., espero. Hasta ese momento, no pienso correr el menor riesgo.

—Lo que significa que hará ese trabajo.

—Claro.

—¿Qué clase de trabajo es?

—Tengo que matar a un hombre.

—¿Es una especialista? —La miró fijamente Nick.

—Quieren convertirme en una especialista —murmuró ella—. Y eso es lo que no me gusta. Yo creí... Bueno, no era ésa mi intención cuando acepté el entrenamiento especial. Creí... que sería una espía... diferente.

—Ya. De guante blanco, ¿no?

Ella se quedó mirando fijamente a Nick Barry durante unos segundos antes de murmurar:

—Algo así. De todos modos, lo que no entraba en mis proyectos era convertirme en una asesina, en una... especialista en asesinatos. Puedo matar llegado el momento, pero no convertir el asesinato en mi profesión.

—La comprendo. Pero si ellos la seleccionaron para esa clase de trabajo será porque vieron en usted las necesarias aptitudes, ¿no?

—Puede usted pensar lo que quiera —replicó fríamente la muchacha—, pero le aseguro que no pienso convertir mi vida en una noria de asesinatos.

—No se enfade conmigo —sonrió Nick—; no tengo la culpa de nada, ¿sabe? ¿A quién tiene que matar?

—Todavía no sé su nombre, ni dónde está. Ésos son los datos que estoy esperando.

—Claro. Espero que no se les ocurra venir personalmente a traérselos.

—No. Sólo vendrán por aquí si ocurre algo raro, como por ejemplo, que yo no conteste al teléfono.

—Sí, sí, entiendo. Bueno, parece que tendremos que esperar. ¿Debo pasar la noche aquí?

—¡De ninguna manera! —exclamó Fuchs.

—Lástima —sonrió de nuevo el americano—. Mire, voy a admitir sus precauciones; es lógico que quiera estar a salvo para realizar el negocio. Pero me gustaría saber, aunque sea por encima, de qué se trata. Supongo que sabe que muchos agentes del otro lado hacen promesas enormes con tal de que les ayudemos a escapar..., promesas que luego se quedan en nada, o en alguna pequeña tontería.

—Lo mío no es ninguna tontería. Pero no pienso decirle nada, ni siquiera por encima. Puede tomarlo o dejarlo, Nick.

—Tranquila. ¿Tampoco puede decirme de dónde obtuvo esa importante información?

Fuchs titubeó un par de segundos, antes de desviar la mirada y murmurar:

—Me acosté con un hombre.

—No me diga.

—¿No lo cree?

—¿Lo de que se ha acostado con un hombre? Claro que sí. Y con mil, si usted me lo asegura. Pero... ¿no cree que ese método del sexo está ya un poco anticuado?

—Según cómo se utilice.

—No ocasionalmente, sino de modo continuado. Quiero decir que no me he llevado a la cama a un hombre y lo he enloquecido de amor en aquel momento y le he hecho decir lo que me convenía. Era algo que ya estaba en marcha.

—Ah, ya. O sea, que usted se estaba acostando hacia tiempo con determinado personaje, y, llegado el momento, ha sabido sacar partido de ello. Debe usted saber muchas cosas, si el sujeto en cuestión es importante.

—Es muy importante. Pero por ninguna de esas cosas me pagarían ustedes más de un dólar. No valen la pena. Excepto una, claro.

—Claro. En definitiva, es... o era usted la amante de alguien importante. ¿Aleman o ruso?

Fuchs apretó los labios, y Nick, tras observarla sonriente unos segundos, sonrió, se terminó el *whisky*, y se puso en pie.

—Supongo que lo mejor será que me marche. ¿Cómo volveremos a entrar en contacto?

—No puede marcharse todavía. Tendrá que hacerlo después de que me hayan llamado.

—¿Por qué?

—Porque cuando sepa lo que tengo que hacer exactamente tendré que preparar mi plan de fuga, y ustedes intervienen en él. En el plan inicial, mis compañeros no se acercarán a mí después de que haya hecho el trabajo, y yo tendré que volver sola a Berlín Oriental después de dejar pasar veinticuatro horas, para no dar sensación de apresuramiento en regresar.

—Eso quiere decir que dispondremos de las veinticuatro horas que median desde que haga su trabajo hasta el momento en que ellos esperen que usted regrese. En ese tiempo podemos llegar no sólo a París, sino dar la vuelta al mundo. Es usted muy lista, Fuchs.

—¿Esperaba que fuese una idiota?

—No —sonrió Nick, sentándose de nuevo—, desde luego que no. ¿A qué hora han de llamarla?

—Entre las ocho y media y las nueve. ¿Otro *whisky*?

—No, gracias.

—¿Qué le pasa? —rió la hermosa rubia—. ¿Teme que pretenda emborracharlo?

—Le resultaría un poco difícil, pues aguanto mucho. Pero estamos hablando en serio, ¿verdad? Simplemente, no deseo beber más. Dígame una cosa: ¿está usted sola en esto? Quiero decir en lo de pasarse al otro lado. ¿La ha ayudado alguien en algún sentido?

—No. Comprenderá que para una cosa así no iba a ponerme a pedir ayuda. No sé cómo se relacionan ustedes entre sí, los de la CIA, pero allá nadie se fía ni de su madre.

—Desagradable situación —rió el americano—. ¿Tiene usted madre?

—No.

—¿Padre, hermanos, marido, novio, hijos...?

—No tengo absolutamente a nadie.

—Eso es muy conveniente. ¿Qué piensa hacer cuando esto termine y tenga su pasaporte no americano y el millón de dólares?

—No lo sé bien. Bueno, tengo unas... inquietudes, unas ansias todavía un poco nebulosas de vivir la vida. Apaciblemente, quiero decir. Posiblemente me dedicaré a pintar.

—Agradable ocupación —alzó las cejas Barry—. ¿Tiene ya

escogido el sitio donde residirá?

—Estoy indecisa entre tres.

—Cualquiera de ellos bien seguro, ¿no? Digamos, lejos del alcance del brazo de la KGB. Bueno, si me dice cuáles son esos sitios quizá yo la pueda ayudar a seleccionar el definitivo. O cuando menos, hacerle algunas observaciones que le resultasen útiles.

—Es usted demasiado amable, Nick. Nuestro trato no le obliga a tanto.

—Lo que ocurre es que desconfía de mí. Pero voy a recordarle algo: es usted quien ha pedido nuestra ayuda.

—Bastará con el pasaporte y el dinero.

—Como quiera. ¿Cuánto hace que sabe esa cosa tan importante que quiere vendernos?

—Escuche, Nick, evidentemente es usted un buen agente, pero voy a rogarle que deje de interrogarme. Me está machacando desde que hemos entrado aquí. Si desconfía, o algo no le gusta, dígalo, y podemos separarnos tranquilamente.

—No se enfade —sonrió el americano—. Comprenda que estoy haciendo mi trabajo, eso es todo. Pero está bien, podemos hablar de otras cosas. Por ejemplo, de pintura. ¿Le parece bien?

—Es un tema menos personal —asintió ella.

—¿Qué estilo practica usted?

—Oh, bueno, no soy un genio, ¿sabe? En realidad, estoy empezando. Y me gusta tanto que...

El teléfono sonó a las nueve menos veinte, cuando, entre la conversación sobre el arte pictórico, Nick Barry fue cosechando fracaso tras fracaso en sus astutos intentos de obtener otra clase de información. Fuchs era cómo una ostra que se había cerrado, y no había modo de abrirla.

La muchacha atendió la llamada hablando en alemán. Habló algunas palabras en ruso que convencieron a Nick Barry de que era alemana y no rusa, y volvió a utilizar el alemán. La conversación fue breve, y Nick no pudo sacar nada en claro de ella tan sólo con las palabras de Fuchs, casi todo monosílabos.

Cuando ella colgó, Nick preguntó:

—¿Todo está bien?

—Sí. Ya tengo los datos.

—¿Puedo saber a quién ha de matar?

Ella titubeó visiblemente antes de decir el nombre:

—Karl Hofer.

—¿Qué? —Pegó un brinco en el asiento Barry.

—¿Le conoce? —Lo miró vivamente Fuchs.

—¡Que si le conozco...! ¡Vamos, usted me está tomando el pelo!

—¿Por qué piensa eso?

—Escuche, jovencita, no conozco personalmente a Karl Hofer, pero sé perfectamente que es uno de ustedes..., de ellos, si prefiere que ahora lo diga así. Es uno de sus más importantes agentes en la Alemania Federal..., y posiblemente el mejor elemento que tienen para trabajos... especiales. Ese alemán del Este hace frecuentes trabajos para la KGB, naturalmente, ¡y ahora me sale usted con que debe eliminarlo!

—Yo no entro ni salgo en la cuestión: he recibido una orden, es así de simple.

—Pero... Hofer es de ustedes, bueno, de ellos, es... uno de sus mas eficaces exterminadores.

—Lo sé. Es todo un asesino que ha estado realizando los más sucios trabajos que pudiera aceptar un ser humano.

—¿Y ahora quieren deshacerse de él? —Se mosqueó Barry.

—¿No le parece bien?

—Ese hombre les ha prestado servicios formidables. Dudo que encuentren otro tan eficaz como él.

—Mire, Nick, usted insiste en desconfiar de mí, pero yo no puedo hacer más de lo que hago. Me han dado una orden. Si a usted le parece extraña, vaya a preguntar a los rusos que han tomado esa decisión. En lo que a mí respecta, si han ordenado la muerte de un agente de la eficacia de Karl Hofer será por algo. Y no tengo más que decir. ¿Seguimos con lo nuestro o no?

—De modo que matará a Hofer...

—Naturalmente. Si me hubieran encargado la muerte de una persona inocente me remordería la conciencia, pero la muerte de Karl Hofer no me quitará el sueño. Y si usted sigue desconfiando de mí demos el asunto por terminado. —Fuchs miró su relojito de pulsera—. Todavía estoy a tiempo de acudir a la cita con los británicos.

—¿También tenía una cita con ellos?

—De reserva —sonrió la muchacha.

—Y supongo que también con los franceses, más tarde que con los británicos.

—De reserva —sonreía todavía Fuchs.

Nick Barry estuvo todavía unos segundos con el ceño fruncido. De pronto, sonrió.

—Verdaderamente es usted toda una zorra. De acuerdo, jovencita. ¿Cuándo nos reunimos para la gran fuga?

—¿Sabe dónde está el Von Stroheim Cinema?

—Puedo encontrarlo. ¿Por qué?

—Tengo que matar allí a Karl Hofer. Si usted...

—¿Dentro del cine? —exclamó Barry—. ¿Están locos?

—A la salida del cine, función de la noche. Hofer ha sido citado allí para establecer un contacto con alguien que al parecer le ha sobornado, y ellos se han enterado. De modo que yo tengo que ir al cine, localizar a Hofer, y matarlo. Mis compañeros estarán por allí, vigilando a ver quién se acerca a Hofer cuando éste caiga, o, por el contrario, quién se apresura a huir precipitadamente al verlo caer. Esos compañeros míos se encargarán de esa parte. Yo sólo debo matar a Hofer bien a la vista y marcharme... lo más discreta y rápidamente posible. Para ello, y teniendo en cuenta que mis compañeros se desentenderán de mí, pues estarán ocupados, cuento con usted. ¿Lo tendrá todo preparado?

Nick Barry aspiró profundamente.

—Según entiendo, ya conoce usted a Karl Hofer —murmuró.

—No. Pero en determinado momento recibiré una pistola con silenciador y algunas fotografías de él. Supongo —sonrió— que todo irá en una caja de bombones con la que entraré al cine. Nadie se sorprenderá de que una chica lleve una caja de bombones, ¿verdad?

—Supongo que no. —Nick se pasó la lengua por los labios—. ¿Seguro que a usted no le gusta este trabajo? —Si he de serle sincera, este de Hofer concretamente, sí.

—¿Y no les sería más práctico engañarlo, llevárselo al Berlín Este y allá interrogar a Hofer, en lugar de matarlo? Eso es... demasiado expeditivo, ¿no cree?

—Puedo pasar su sugerencia a mis compañeros, si quiere.

Nick Barry apretó los labios, y estuvo unos segundos mirando hoscamente a Fuchs. De pronto, se puso en pie y se dirigió hacia la

puerta.

—No me acompañe —gruñó—; conozco el camino.

Segundos después salía del apartamento. Cuando salió a la calle volvía a llover con cierta intensidad, pero el inconveniente fue salvado por la rápida aparición del coche que conducía Aldo Weston. Nick se sentó a su lado, y Weston continuó conduciendo alejándose de allí. Aldo miró de reojo a Barry.

—Has tardado mucho —murmuró—. Eso me hace suponer que has conseguido algo bueno.

—No me gusta esto —masculló Nick—. ¡No me gusta nada!

—¿Qué ha ocurrido?

Nick Barry lo explicó todo a su compañero de la CIA, que le escuchó en silencio, sin hacer comentario alguno. Tampoco lo hizo el jefe cuando, poco después, Nick repitió la historia en el apartamento donde les esperaban a él y a Weston. El silencio se prolongó tanto que, por fin, Nick Barry exclamó:

—¡Demonios, aquí tiene que haber juego sucio!

El jefe movió la cabeza con gesto de duda.

—Tal vez, Nick. Pero yo no lo creo. Todos sabemos que los traidores existen, ¿no es así? La primera en creerlo ha sido la propia Fuchs, pues ella misma lo es en estos momentos. ¿Por qué no puede serlo también ese criminal de Hofer? O yo, o tú, o Aldo... ¿Por qué no?

—Bueno, vistas así las cosas...

—¿De qué otro podemos verlas? Existe la traición y los traidores. Karl Hofer ha traicionado a la KGB, que naturalmente, dirige el espionaje alemán del Este. Y por tanto, ha sido condenado a muerte. Y si hacen eso en lugar de llevárselo al Este para interrogarlo no te quepa duda de que tienen sus buenos motivos. Uno de ellos, el principal, es que quizá saben que tendrían dificultades para sacarle algo a Hofer, y prefieren eliminarlo y cazar a quien tiene que hacer contacto con él. No vamos a meternos en sus planes, ¿verdad? Todo lo que nos interesa a nosotros es lo que esa muchacha nos ofrece.

—Sí... ¡Pero a mí todo esto me huele a trampa!

—¿Cuál trampa? Si se trata de conocer a un agente de los nuestros, conocen docenas de ellos. Y sería estúpido que pretendieran montar una trampa simulando la muerte de Karl

Hofer. Esto, por dos motivos. Uno, que alguno de los nuestros estará allá para ver si realmente Hofer muere. Dos, que si realmente muere sería un precio muy alto para conocer a uno de los nuestros si Hofer no fuese realmente un traidor. Y si lo es, todo tiene sentido. En cuanto a Fuchs..., ¿qué clase de libros eran aquéllos?

—¿Qué libros? —Lo miró estupefacto Barry.

—Los que llevaba bajo el brazo.

—Maldita sea... ¡Ni siquiera me fijé!

—¿Crees que esa muchacha lleva explicada su información en esos libros, utilizando cualquier clave, señor? —preguntó Aldo Weston.

—Es una posibilidad —murmuró el jefe—. Si mañana cuando emprendáis la fuga, no lleva los libros, tendremos que comprender que de un modo u otro se las ha arreglado para enviar esa información a París, donde la recogerá para entregárnosla cuando se considere a salvo. Si los lleva... Bueno, Nick, si los lleva espero que te intereses por ellos debidamente. O tú, Aldo.

—Por supuesto, señor.

—Bien: Ahora, lo primero que tenemos que hacer es localizar el Von Stroheim Cinema, darnos una vuelta por allí, y montarlo todo adecuadamente para que no tengamos que lamentar algún fallo. ¡Ah, naturalmente, conseguiremos una fotografía de Karl Hofer! ¿Te gusta el cine, Nick?

—Me enloquece —masculló Barry.

—Pues estás de suerte —sonrió socarronamente el jefe—, porque mañana por la noche vas a ir al cine...

CAPÍTULO III

Cuando terminó la función de la noche en el Von Stroheim Cinema Nick Barry se apresuró a ser de los primeros en salir al vestíbulo, donde se detuvo y encendió un cigarrillo. Seguía lloviendo...

El público, no demasiado, salía, empero, apelotonado, como era habitual, charlando y caminando lentamente, sin importarle la impaciencia de los que llevaban detrás. Era lo clásico.

Por encima de las cabezas de los primeros en salir Nick vio, primero, como un relumbrón dorado, la cabellera de Fuchs, a la que ya había visto antes en su butaca. Casi en seguida vio la parte superior de la cabeza de Karl Hofer, al que también había visto antes. Karl Hofer era alto, se le veía bien.

Dejó de mirarlo para lanzar un rápido vistazo por el vestíbulo y hacia la calle. No parecía que hubiese nadie esperando a nadie, pero esto era lógico. A menos que se eligiera a cuatro pazguatos para un trabajo como aquél. No se veía a nadie, pero en su momento se moverían las piezas que debían moverse. Eso, suponiendo que el contacto o los contactos de Hofer no estuvieran también saliendo del cine.

La gente que encabezaba el grupo de público estaba ya muy cerca de Nick Barry, y Hofer debía estar a unos siete u ocho metros. Junto a él, de pronto, Nick vio a Fuchs, que caminaba como absorta. La vio acercarse todavía más a Hofer, hasta quedar situado junto a su costado izquierdo y un poco retrasada.

Nick se pasó la lengua por los labios. Su mirada fue hacia el rostro de Karl Hofer, que podía ver ahora perfectamente. Y, de pronto, captó el súbito gesto del asesino alemán, abriendo mucho los ojos y desencajando las facciones. Apareció en los ojos un destello de dolor, de miedo, de angustia agónica..., y comenzó a

caer hacia delante. Nick Barry dejó de verlo cuando desapareció entre el grupo de personas que le precedían, aportándolas rudamente al chocar contra ellas con su considerable peso.

Algunas cabezas se volvieron, hubo una exclamación de protesta, una mujer perdió el equilibrio, otra gritó. Por un instante, Karl Hofer quedó solo, tendido boca abajo, rodeado de gente que le miraba irritada y de gente que ya gritaba, pues estaban viendo la mancha de sangre que aparecía en su espalda, justo sobre el corazón. Hubo más gritos, alguien corrió alejándose, otras personas corrieron hacia Karl Hofer... Como quien no quiere enterarse de nada. Nick Barry salió del vestíbulo a la calle, y se detuvo unos pocos pasos a la izquierda. Vio salir a Fuchs, que se alejó rápidamente hacia la derecha, abriendo el paraguas.

Nick Barry no se movió.

Estaba oyendo los gritos de la gente, algunas personas aparecían corriendo asustadas. Alguien pedía un médico, y una voz de hombre decía que había que llamar a la policía. Un automóvil, a cuyo volante iba Aldo Weston, pasó por delante del cine, en la dirección que había tomado Fuchs. Nick Barry no veía a nadie que le llamase especialmente la atención. Ni siquiera veía a sus compañeros de la CIA que debían estar por allí para interesarse por aquellos que quizá se interesasen a su vez por Karl Hofer.

Estaba perdiendo el tiempo y abandonando su parte del trabajo.

Caminó en pos de Fuchs, a la que ya no veía, pues había doblado la esquina. Pasó por delante del vestíbulo del cine, donde la gente se arremolinaba en torno al caído Karl Hofer. Está muerto, oyó exclamar a alguien. Apretó el paso, dobló la esquina, y vio a Fuchs, caminando sosegadamente, a punto de alcanzar la siguiente esquina.

La alcanzó a mitad de la calle siguiente. Ella volvió la cabeza, y él la tomó de un brazo.

El automóvil conducido por Weston se detuvo a su altura, junto a uno de los coches estacionados. Fuchs y Nick cruzaron entre los coches y se metieron en la parte de atrás. Aldo Weston reanudó la marcha, sin prisas.

Un par de minutos más tarde estaban en la Grunewaldstrasse. Ninguno de los tres decía nada. Nick miraba la caja de bombones y el bolso que Fuchs había colocado sobre sus muslos. Un zumbido

sonó bajo las chaquetas de Weston y Banx Fue éste quien sacó la radio de bolsillo y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Hofer ha muerto. No hemos distinguido a nadie que nos parezca relacionado con él. ¿Ella está contigo?

—Sí.

—Seguid con lo vuestro. Nosotros seguiremos por este lado hasta donde se puede llegar o convenga. Buena suerte.

—Adiós.

Nick Barry cerró la radio, y la guardó. Miró de reojo a Fuchs, que miraba inexpresivamente hacia delante. No había en su hermoso rostro ninguna expresión, nada. Como si fuese de cera.

—Bueno, ya lo ha oído —musitó Nick—: Hofer ha muerto.

—Claro —le miró ella—. De eso se trataba.

—Vamos a ir cuanto antes al aeropuerto. Hay un vuelo que...

—Tengo que recoger algunas cosas en el apartamento. Además, no puedo ir en vuelo regular.

—¿Por qué no? ¿Acaso no tiene pasaporte?

—Claro: el mío. Por eso no quiero tomar ningún vuelo regular. Podrían enterarse, y les sorprendería..., y me estarían esperando en París.

—Quedamos en que durante veinticuatro horas se desentenderían de ustedes.

—No quiero correr el menor riesgo.

—¿Qué sugiere, entonces? ¿Una avioneta particular? No lo teníamos montado así. Además, hemos dispuesto un control de seguridad para que usted llegue a París sana y salva.

—No dudo llegar. Lo que dudo es permanecer allí... viva.

—Bueno, dígame qué ha pensado usted.

—Salvo una idea mejor por parte de usted quiero ir directamente a Francia, pasando por debajo de la frontera de Luxemburgo. Y en automóvil.

—¿Sabe usted que hay más de mil kilómetros de aquí a París? —Gruñó Nick.

—Sí. Pero eso es lo que quiero hacer. No nos pedirán documentación al cruzar la frontera, seguramente. Puedo ser la secretaria de ustedes dos, que viajan por asuntos de negocios urgentes a París.

—Parece que lo tiene usted mejor pensado que nosotros —dijo con cierto sarcasmo Aldo Weston, volviendo un instante la cabeza.

—Les he dicho lo que quiero hacer. Y ahora, vayamos a mi apartamento. Supongo que ya sabe usted dónde está.

—Sí, lo sé —gruñó Aldo.

Llegaron allá veinte minutos más tarde. Aldo estacionó el coche en doble fila, pero vio un vado un poco más allá y se colocó en él como si fuese a entrar al pequeño local de la puerta metálica, cerrada a aquella hora, desde luego.

—Os espero aquí —dijo—. Sería conveniente que nos comunicáramos con el jefe, Nick.

—No ahora —negó Barry—. Vamos a recoger lo que necesita ella, y cuando estemos de nuevo en marcha le llamaremos, a ver qué decide. No te distraigas.

Salieron del coche Fuchs y Nick, regresaron los pocos pasos hasta el portal, y entraron en el edificio. En cuestión de segundos estaban ante la puerta del apartamento de la muchacha, que abrió y entró rápidamente, encendiendo la luz. Nick cerró la puerta y se fue tras ella.

Entraron en el dormitorio. Fuchs sacó del armario un maletín forrado de raso negro, dejó allá la caja de bombones vacía, y colocó sobre la cama el maletín, que abrió. Abrió también el bolso que había llevado, sacó la pistola, y la pasó al maletín, metiendo también en éste el bolso, apretado.

Nick estaba contemplando el armario. Dentro de éste sólo estaba la caja de bombones. No había nada más. Parecía que ni siquiera había polvo.

Fuchs se acercó a la mesita de noche, donde estaban los dos libros, y los cogió. Nick Barry permaneció inescrutable, incluso cuando la muchacha metió los libros en el maletín y cerró éste, apretándolo.

«De modo que está en los libros, o en uno de ellos... —pensó Nick—. Perfecto».

Fuchs asió el maletín, y se volvió hacia él.

—Ya podemos...

Justo en aquel instante se oyó el zumbido de la radio en el bolsillo interior de Barry. Éste lanzó una imprecación, y sacó el pequeño aparato, admitiendo la llamada.

—¡Aldo, te dije...!

—¡Nick, no llamo al jefe, sino a ti! ¡Han llegado dos hombres que...! ¡Eeeh...!

Plop, plop, se oyeron en la pequeña radio los dos chasquidos. Acto seguido, un ronco gemido que cesó de pronto. Nick Barry se había erguido vivamente, envarado.

—Aldo —llamó—. ¡Aldo!

—Nick —sonó de pronto la voz del jefe—, ¿qué pasa, qué está pasando? ¡Nick!

—No lo sé, señor. Creo... que he oído dos disparos, y Aldo no contesta. Ha mencionado a dos hombres...

—¿Dónde estás tú?

—En el apartamento de ella.

—Salid de ahí... ¡Salid de ahí inmediatamente! ¡Ya nos haremos cargo nosotros de eso!

—Venga —le asió Fuchs de una manga—. ¡Creo que podremos escapar por la ventana de la cocina!

Aldo pareció torcer la mirada para Observarla. Ella lanzó una exclamación, y volvió a tirar de su brazo. El americano cerró la radio, la guardó, y siguió a la muchacha hacia la cocina.

—Maldita sea —jadeó—. Si han matado a Aldo tienen su radio, y nos han oído...

—¡Si están subiendo no podremos salir por la puerta! ¡No tenemos otro camino!

Entraron en la cocina, y Fuchs corrió hacia la ventana, la abrió, y miró hacia abajo. Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, y sacó una pierna por el hueco. Estaba empezando a bajar por el canalón de desagüe del patio interior cuando Barry oyó el golpe en la puerta del apartamento, y volvió la cabeza.

—Pero... ¿qué hace? —le gritó Fuchs—. ¡Baje en seguida!

Todavía titubeó Nick Barry un instante. ¿Qué pasaría si esperaba a aquellos hombres? Con seguridad, no tendría tiempo de decir nada. Si habían disparado contra Aldo, un agente de la CIA, harían lo mismo contra él.

Se deslizó ágilmente en pos de Fuchs, que había llegado ya al patio interior, separado por una valla de ladrillo de un patio contiguo; valla que Fuchs se apresuró a escalar, con una agilidad formidable. Nick estaba en lo alto de la valla cuando la muchacha

ya le esperaba al otro lado. Estaba abriendo el maletín, del que sacó la pistola provista de silenciador con la que había matado a Karl Hofer.

En el momento en que Nick saltaba de la valla y caía junto a Fuchs, ésta disparaba hacia la ventana de la cocina del apartamento que había ocupado. Se oyó allá un grito. Nick se volvió vivamente, y vio a un hombre cayendo de bruces sobre el alféizar, donde quedó doblado sobre el estómago, al tiempo que se oía el golpe de su pistola en el patio que acababan de abandonar.

Otro hombre aparecía en aquel momento en el hueco de la ventana, pistola en mano.

Fuchs volvió a disparar, y el hombre gritó y desapareció hacia el interior de la cocina. Nick sacó su pistola entonces, pero Fuchs corría hacia el siguiente muro bajo de ladrillo, y se encaramaba a él tras colocar la pistola en el cinturón de la trinchera. La lluvia lo desdibujaba todo, y provocaba desconcertantes reflejos en algunas luces que había en alguna parte. Nick decidió guardar la pistola, y saltó detrás de la muchacha, que corría hacia lo hondo de otro patio perteneciente a una casa del otro lado de la manzana. Por un instante, Nick Barry pensó que estaba viendo a una gata en plena huida.

¡Y qué huida!

La muchacha corría y saltaba vallas como si lo hubiera estado ensayando toda la vida. Era toda una gata joven y ágil, que un hombre menos preparado físicamente que Nick Barry no habría podido seguirle ninguna manera.

Pero si Fuchs era una gata..., o una zorra, él no era precisamente un inválido. Y así, en cuestión de segundos, se encontraron ante la puerta del fondo del vestíbulo de la casa del otro lado de la manzana. La puerta estaba cerrada, pero Fuchs la abrió por el simple y expeditivo procedimiento de destrozar el cierre con un par de disparos. Corrieron hacia el vestíbulo, y salieron a la calle, los dos con gesto súbitamente tranquilo, como puestos de acuerdo.

Nick hizo intención de rodear la manzana, pero Fuchs le asió por un brazo y exclamó:

—¿Adonde va?

—Mi compañero...

—¡Lo han matado! ¿Es que no lo comprende? ¡Ya no puede hacer nada por él, tenemos que escapar nosotros! ¡Desde luego que yo no pienso quedarme por aquí!

Nick Barry se pasó la lengua por los labios, miró hacia la esquina, y luego se fue en pos de Fuchs, que estaba cruzando la calle. La alcanzó pronto, y la tomó del brazo.

—No corra tanto —masculló—. Se cargó a uno, y seguramente hirió a otro... No nos persiguen.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo que sí sé es que esto no me gusta nada. Por su culpa han matado a...

—¿Por mi culpa? —exclamó Fuchs—. ¡Usted es un imbécil! ¡Si alguien tiene la culpa de algo aquí es usted! ¡Debieron verlo allí, plantado como un pasmarote en el vestíbulo, y también le vieron venir detrás mío, y nos vieron meternos en el coche...!

No había nadie allí, pero Nick gruñó:

—No grite, maldita sea.

—¡Y usted quíteme la mano de encima!

Nick se quedó mirándola fijamente. Por fin, retiró la mano. Ella suspiró, y reanudó la marcha. Nick se colocó a su lado.

—Lo siento —murmuró Fuchs—. Es cierto que no he debido gritar. Oh, la pistola...

La retiró del cinturón de la trinchera, y la metió bajo ésta, en el pecho, hacia la axila izquierda, a cuya mano pasó el maletín de viaje. La lluvia había pegado sus cabellos a la cabeza, pero parecían rizarse en lugar de quedar más lacios. Nick, por su parte, sentía el agua en la cabeza, y deslizándose ahora por su rostro y cuello.

¿Qué había ocurrido? Si realmente Fuchs no le estaba tendiendo una trampa... ¿qué había ocurrido? Podía ser cierto que le hubieran visto a él los agentes del otro lado que esperaban al contacto de Karl Hofer. Posiblemente habían creído que él era ese contacto, y, en todo caso, al verlo partir en pos de Fuchs, le siguieron. Y les siguieron luego a los tres, en un Coche, hasta el apartamento. O pensaban que era el contacto de Hofer, que había comprendido que la rubia Fuchs había matado a éste, o pensaban que era de la CIA, en cuyo caso..., en cuyo caso estaba en gravísimo peligro de muerte.

—¿Adónde podemos ir ahora? —preguntó de pronto Fuchs—.

Estamos empañándonos. ¿No piensa buscar una solución?

Nick señaló un portal, se metieron en él, y el agente de la CIA sacó la radio y llamó.

—¿Eres tú, Nick?

—Sí, señor. Hemos escapado de dos tipos que subieron al apartamento, pero estamos sin coche en una calle cualquiera... ¿Voy al apartamento con ella?

—No. Todavía no. Espera, yo te llamaré cuando veamos qué ha pasado con Aldo. Estamos llegando. Yo te llamaré dentro de unos minutos.

—De acuerdo.

Cerró la radio y la guardó. Miró a Fuchs, que contemplaba la calle con cierta desconfianza todavía. Por la otra acera pasaban un hombre y una mujer, cobijados bajo un paraguas. Una risa tenue, ahogada, llegó hasta ellos. Nick Barry mintió el ceño. Bueno, no debía sorprenderse de que quedara gente normal en el mundo.

—Yo... siento lo de su compañero —murmuró Fuchs—. Lo siento de veras, Nick.

—Déjese de comedias.

Ella le miró, pareció a punto de decir algo, pero optó por el silencio. La radio zumbó casi seis minutos más tarde.

—¿Nick?

—Diga, señor.

—Le han metido dos balas a Aldo en el cuerpo, pero no está muerto..., ni creo que muera de ésta. Lo vamos a llevar para que lo atiendan, en el mismo coche. No le dieron tiempo a nada. Pero ya te digo que no va a morir.

—Me alegra mucho oír eso, señor. ¿Llevo a...?

—No. Escucha, no digas nada. A Aldo le han quitado la radio, de modo que nos están oyendo, seguramente. Ten mucho cuidado con lo que dices.

—Sí... Entiendo, señor.

—Bien. Hemos encontrado en el apartamento a un hombre muerto, en la ventana de la cocina, y manchas de sangre por el piso de ésta. ¿Había dos por allí?

—Sí... Creo que subieron dos.

—Pues uno escapó, supongo que con el que se debió quedar abajo con Aldo, y por eso sabía que llegábamos, porque tenía su

radio. De modo que no podemos... comentar planes. Vas a tener que arreglártelas solas, muchacho. Lo único que puedo sugerirte es que salgas de Berlín cuanto antes, y cuando estés lejos de aquí llames a cualquier teléfono de los que tú sabes pidiendo ayuda. Pero no hagas nada de eso hasta que estés en lugar seguro. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, señor, de acuerdo. Me las arreglaré. ¿Apareció por el cine alguien que pudiera ser el contacto de Hofer?

—No vimos nada de eso. Y luego lo dejamos, al recibir la llamada... ¿Está ella contigo?

—Sí, claro.

—Tened mucho cuidado. Ahora estamos seguros de que esa chica está jugando limpio con nosotros, así que debemos conseguir el plan previsto. Llévala como puedas al destino convenido. Nick, ellos ya saben que ella les ha traicionado, ¿comprendes? No van a tener contemplaciones.

Nick Barry tragó saliva, y asintió, como si su jefe pudiera verlo.

—Sí, lo entiendo... Haré todo lo que pueda.

—Buena suerte.

—Adiós, señor.

Cerró la radio, y se quedó mirándola. Fuchs también miró el pequeño aparato.

—Ya no le va a servir de nada —murmuró.

—Nunca se sabe —murmuró también Nick Barry.

—Todo cuanto usted diga utilizándola será escuchado por ellos. Sería mejor que se desprendiera de ella.

—De ninguna manera. Tal vez más adelante las cosas se arreglen un poco y me llamen los míos.

—Si salimos de Berlín no podrán hacerlo. No creo que esa radio alcance más de cinco millas, ¿verdad? Lo mejor es que tire la radio y utilice el teléfono para pedir ayuda, como su jefe le ha aconsejado, cuando sea posible hacerlo.

—Oiga, encanto —gruñó Nick—; ¿quiere tomar usted el mando del maldito viajecito que nos espera? Porque si es así, dígame qué le parece que podemos hacer, y veremos si habrá valido la pena escucharla.

—Bueno, sugiero que robemos un buen coche que tenga el depósito lleno, y que salgamos inmediatamente de Berlín.

—Eso no se me habría ocurrido, a mí nunca, ¿ve? —dijo no poco

sarcástico Nick Barry.

—No tiene por qué burlarse de mí —refunfuñó Fuchs—. Los dos estamos en un aprieto, y debemos entendernos bien. En estos momentos a mí deben estar buscándome quizá docenas de hombres. A usted no le conocen, pero a mí deben conocerme muchos de ellos. Y no me gustaría que me encontrasen.

—De acuerdo —farfulló Nick—. Robaremos un buen coche y nos largaremos de aquí cuanto antes.

Luego, ya veremos.

CAPÍTULO IV

A la una de la madrugada, utilizando la autopista Berlín-Magdeburg, había dejado atrás esta ciudad y continuaban hacia Braunschweig. Nick Barry, que conducía, volvió un poco la cabeza cuando Fuchs, desde el asiento de atrás, le tocó en un hombro.

—¿Que hay? —Gruñó.

—Deberíamos dejar ya la autopista, Nick.

—Todavía no. Si seguimos viajando así, usted echada en ese asiento, tenemos probabilidades de llegar bastante más lejos. Ya supongo que habrán colocado controles en la autopista, pero no conocen nuestro coche, ni me conocen a mí. Y sólo me verán a mí, si usted sigue tumbada en el asiento. No van a parar o perseguir todos los coches que circulen con un hombre solo.

—Tal vez tenga razón —admitió ella.

Volvió a tumbarse, y de nuevo se estableció el silencio entre ellos. Seguía lloviendo, y el frío era intenso afuera. Nick conducía a velocidad moderada, acorde con la peligrosidad de la lluvia. La velocidad que desarrollaría cualquier persona normal que se hubiera visto obligada a conducir de noche. Un poco más tarde de las dos se hallaban cerca de Braunschweig. Fuchs volvió a tocar a Nick en un hombro.

—¿Qué pasa ahora? —se interesó el americano.

—Si queremos ir hacia el sur, éste es un buen momento para cambiar la dirección. Podríamos tomar la primera salida antes de Braunschweig, cruzar esta ciudad, y salir por el sur y tomar de momento la dirección hacia Gottingen.

—Usted sabe demasiado —dijo con tono ferozmente jocoso Nick Barry.

—Celebro que esté de mejor humor. Ya le dije que tenía muy

bien estudiada la ruta que quería seguir.

—Está bien. Tomaremos la primera salida.

Así lo hicieron pocos minutos más tarde. El indicador informaba que había diez kilómetros hasta Braunschweig por aquella carretera. De momento pareció que había sido una idea excelente, pues no transitaba un solo vehículo por ella, ya que los conductores normales habrían seguido hacia Braunschweig por la autopista hasta la entrada Norte de la ciudad.

Pero muy pronto, apenas recorridos un par de kilómetros, ambos espías salieron de su error. Las luces de un automóvil se encendieron a un lado de la carretera apenas hubieron pasado ellos con el coche robado, y un instante después el vehículo ocupaba la cinta de reluciente asfalto y salía lanzado tras ellos. Un minuto más tarde, sus luces largas se reflejaron en el retrovisor, llenando de luz el interior del coche en el que viajaban los dos fugitivos.

—¡Maldita sea! —exclamó Nick.

Fuchs no dijo nada. Nick la oyó remover cosas en su maletín.

—¿Qué está haciendo?

—Me estoy preparando para detenerlos. Aunque quizá; no sean ellos.

—No, ¿eh? ¡Claro que son ellos! Seguramente, hemos pasado por Magdeburg antes de que tuvieran tiempo de colocar controles allí, o quizá no nos han visto. Pero deben tener también controles en la entrada a Braunschweig tanto por el Norte como por esta carretera...

—Eso le demuestra que nos habría ido mejor dejando antes la autopista, ¿no? —dijo Fuchs.

—¡Buen momento para discutir! Oiga, será mejor que se las arregle para pasar usted al volante, y yo me pondré ahí atrás.

—¿Cree que no sé disparar?

—¡No tengo ganas de discutir! ¡Venga aquí!

—Ocúpese usted del volante, que yo me las entenderé con ellos. A menos que acelere lo suficiente para dejarlos atrás.

—Si acelero nos vamos a matar de todos modos.

—Pues conduzca con cuidado.

—¿Qué más da? Seguramente llevan radio en el coche, y han avisado de nuestra presencia aquí. En estos momentos debe haber tres o cuatro coches dispuestos a cortarnos el paso antes de que

lleguemos a la ciudad.

—Entonces, puedo hacerle otra sugerencia: detenga el coche y escapemos a pie. Seremos mucho más difíciles de localizar, en una noche como ésta. Y más adelante podremos conseguir otro coche.

—Usted está loca —masculló Nick.

La conversación era tensa, velocísima. Mientras tanto, el conductor del otro coche no tomaba tantas precauciones como Nick, y la distancia entre ambos vehículos se iba reduciendo.

El tiroteo se inició desde el coche perseguidor.

Nick vio los fogonazos por el retrovisor, y Fuchs desde su asiento, vuelta hacia atrás. Inmediatamente, la muchacha bajó el cristal de la ventanilla trasera izquierda. Un remolino de agua fría entró en el coche, y luego cayó furiosamente sobre Fuchs cuando ésta sacó la cabeza, el brazo y el hombro derecho. Las luces largas del otro coche la iluminaron. Por el retrovisor, Nick Barry vio más fogonazos.

—¡Le van a volar la cabeza! —gritó.

Fuchs extendió completamente el brazo derecho, apuntó al coche perseguidor, y comenzó a disparar, sin prisas y sin pausas, como en un concurso de tiro rápido.

Casi en seguida, Nick dejó de ver las luces del otro coche reflejándose en el retrovisor; a unos cuarenta metros por detrás, las vio desviarse, iluminar la lluvia, que pareció una cortina de hilos de oro, y luego, sorprendentemente, vio las luces rojas de posición de la parte de atrás.

El coche estaba girando sobre el asfalto.

Volvió a ver las luces largas, de nuevo la cortina de hilos de oro, otra vez las luces de posición de atrás y de nuevo los hilos de oro. Luego, las luces parecieron emprender una loca danza, que terminó de pronto. Una de ellas se apagó, la otra quedó como un pequeño reflector en busca de aviones.

Fuchs cerró la ventanilla, y dijo, sentándose de cara a la marcha.

—Se han dado contra un árbol. Ésos ya no deben preocuparnos..., por el momento, claro.

—Esos tal vez no, pero mire hacia delante.

Fuchs vio las luces largas de otro vehículo acercándose. Aparecían y desaparecían entre la cortina de agua, o quizá debido a pequeñas ondulaciones de la carretera.

—Si usted tiene razón, y los que han quedado atrás se han comunicado con otros, éstos deben ser amigos suyos..., y sabrán que somos nosotros los que vamos hacia la ciudad. Pare el coche.

—¡Podemos pasar junto a ellos a tal velocidad...!

—Escuche, Nick, si usted quiere hacerlo así, hágalo. Pero yo quiero apearme y seguir a pie, de modo que Fuchs se echó hacia delante y puso el caliente silenciador en la nuca de Barry —pare un momento, por favor..., o le vuelo la cabeza.

Nick Barry lanzó una maldición, pero acto seguido metió el freno cuidadosamente. Cuando el coche se detuvo el otro estaba a menos de doscientos metros. Fuchs agarró su maletín tras meter la pistola bajo la trinchera de nuevo, y saltó fuera del vehículo. Nick Barry lanzó otra maldición, y la siguió.

Por un instante, las luces del coche que se acercaba les iluminó de lleno, antes de que desaparecieran corriendo en dirección al arbolado.

Apenas diez segundos más tarde el coche se detenía junto al recién abandonado, y cuatro hombres saltaban rápidamente, empuñando pistolas. Las secas voces, en alemán, parecieron empaparse de lluvia y ser aplastadas contra el asfalto. Los cuatro hombres tomaron una rápida decisión: tres de ellos partieron en pos de los fugitivos, y el cuarto volvió al volante y continuó camino, sin duda para ver qué les había ocurrido a los del otro coche.

En el interior del bosque, la lluvia caía con menos fuerza, pero eran gruesos goterones amansados por las copas de los pinos. La oscuridad era total, sencillamente tenebrosa. Nick Barry no veía a Fuchs, ni ésta a él, pero se habían tomado de la mano, y corrían con toda precaución, pese a lo cual uno u otro chocaban de cuando en cuando con un pino... ¿O eran abetos?, pensó Barry, maldiciendo interiormente.

Tras ellos volvieron a sonar unas voces, y luego sólo la mansa lluvia cayendo sobre ellos y alrededor. La oscuridad sobrecogía. Fuchs se detuvo, y Barry oyó su jadeo. Le pareció ver una cierta blancura del chorro de vapor que brotaba de la boca de la muchacha.

Los dos, inmóviles, estuvieron recuperando un poco el aliento, atentos a los ruidos que pudieran llegar desde la parte de la carretera. No se oía nada. Alrededor de ellos todo era lluvia

amansada y una oscuridad absolutamente impenetrable..., hasta que, de pronto, desde la parte de la carretera llegó el haz de luz, como segando árboles, lanzando sombras fantasmales a todos lados.

—Por todos los demonios —jadeó Nick—. ¡Una linterna! ¡Tenemos que seguir corriendo!

Fuchs no dijo nada. Simplemente, reanudó la marcha. De cuando en cuando, uno de los dos volvía la cabeza, y por su reacción al aumentar la velocidad de la marcha el otro comprendía: los tenían cada vez más cerca. Lo cual era lógico, pues los tres hombres podían correr sin tropiezos gracias a la luz que les iba iluminando el camino a seguir.

Absurdamente, Nick Barry recordó de pronto las películas bélicas que había visto con temas de la Segunda Guerra Mundial, y se imaginó que sucedería, o qué habría sucedido ya si aquellos hombres hubieran llevado con ellos perros bien entrenados para la persecución de fugitivos.

Con seguridad, ya estarían muertos.

La luz pasó junto a ellos cuando justamente dejaban a sus espaldas un grueso pino. Fuchs se detuvo y giró, y sin decir palabra comenzó a escalar las ramas bajas. Nick Barry se estremeció: si subían a aquel pino (¡maldición, eran abetos, realmente!) sería como meterse en una bolsa de la que ya no tendrían escapatoria.

Pero si seguían corriendo fatalmente serían alcanzados por los tres hombres..., que pronto serían por lo menos cuatro, cuando el que se había alejado con el coche volviera. Y si en el coche dejado atrás había quedado útil alguno de sus ocupantes, sin duda regresaría, y se unirían todos a los tres de ahora. Serían entonces cinco o seis por lo menos...

Comenzó la rápida escalada detrás de Fuchs, viendo el brillo de su trinchera de cuando en cuando, gracias a la luz de la linterna que se iba aproximando. Como puestos de acuerdo, Nick y la muchacha se detuvieron, dejaron de escalar. Segundos más tarde, las siluetas de los tres hombres pasaban por debajo, continuando la persecución.

La luz se fue alejando.

Por encima de Nick, Fuchs se movió, y el americano comprendió que la alemana reanudaba la ascensión, buscando esconderse lo máximo posible entre las planas ramas del enorme abeto.

Contorsionándose, Nick también subió más arriba, hasta que tocó el cuerpo de ella.

Se acomodó a su lado en la rama. Estaban jadeantes, las cabezas empapadas, los pies mojados. El agua se deslizaba en fríos canalillos por el cuello hacia el cuerpo, provocándoles escalofríos.

Por entre las ramas vieron destellos de luces. Al poco, más voces de hombres acercándose, portando otra linterna. Uno de los hombres llamó, y desde el fondo del bosque le contestaron. Ruido de pies, jadeos, manchas de luz...

Y de nuevo el silencio y la oscuridad.

Minutos más tarde, todos los hombres regresaban hacia la carretera. O casi todos, porque con seguridad había quedado alguno vigilando los coches. Y además, ninguno de aquellos coches podía servir ya de nada a Fuchs y Nick, pues sería detectado rápidamente.

Por debajo de ellos, los dos fugitivos escucharon fragmentos de una rápida conversación en alemán: al parecer, el cerco se iba a establecer por aquella zona, iban a formar una barrera que de ninguna manera podrían pasar: el camino hacia el Oeste iba a quedar cortado.

Luego, el largo silencio. Junto a él, Nick oía el tiritar de Fuchs, el castañeteo de sus dientes. Se las arregló para pasarle un brazo por los hombros.

—No podemos quedarnos aquí —susurró—. Si esperamos a que se haga de día será peor, todo esto estará lleno de hombres armados.

—Estoy... estoy mu... muerta de..., de frío...

—Tienes que reaccionar ahora. Vamos a bajar, y puesto que ellos nos esperan en la carretera, seguiremos bosque adentro. A algún sitio saldremos, tarde o temprano. Vamos, Fuchs, tienes que reaccionar.

—Sí... sí, sí.

Bajaron del abeto.

Dos horas más tarde, poco menos que muertos de frío, aparecían de pronto ante una carretera. Oscuridad total, ni un solo vehículo, nada. Y seguía lloviendo. Nick Barry vio la hora en su reloj de esfera luminosa: las cinco y diez de la madrugada. Abrazada a su cintura, Fuchs estaba o parecía al borde del agotamiento, y sus dientes sonaban continuamente.

—No tengo ni idea de dónde estamos —dijo Nick—, ni si vamos hacia el Este, el Oeste, el Norte o el Sur. Pero sé una cosa: no podemos dejar de movernos, Fuchs, o nos moriremos de frío.

Ella se limitó a asentir. Llegaron a la carretera, y comenzaron a caminar, en la dirección que les pareció. Unos veinte minutos más tarde vieron los dos ojos amarillos que perforaban la oscuridad llegando desde atrás. Salieron rápidamente de la carretera, y se quedaron mirando el par de ojos que se iban acercando. Pronto distinguieron la forma del camión.

—No pueden ser ellos —dijo Nick—. De todos modos, quédate aquí. Vamos a ver qué pasa.

Salíó al centro de la, carretera. Segundos más tarde, el camión se detenía a pocos metros delante de Nick, que se acercó a la cabina, y se encaramó al estribo. El cristal estaba ya bajado, y el rostro redondo y sanote de un hombre robusto quedó entre el de Barry, todavía la sorpresa y hasta una cierta desconfianza en los claros ojos.

—Mi esposa y yo tuvimos una dificultad —habló Barry en perfecto alemán—. Se nos averió el coche y casi nos matamos contra un árbol. Salimos a la carretera en busca de ayuda, y creo... que nos hemos perdido. Dios mío, llevamos así más de dos horas. ¿Puede usted llevarnos, por favor?

—¿Dónde está su esposa?

—Ahí viene —señaló Nick—. Estamos agotados.

—Bueno, yo voy hacia Konigslutter. Suban, si quieren. No creo que haya problemas, considerando sus circunstancias.

—Muchas gracias.

Poco después, el camión reanudaba la marcha. Konigslutter estaba hacia el Este, pero ni Fuchs ni Nick tenían nada que oponer a esto. Lo mismo daba un sitio que otro, de momento. Es más, incluso les favorecía regresar hacia el Este. El camionero proporcionó una vieja manta a Fuchs, que se envolvió en ella, tiritando. Era un hombre un tanto brusco, pero amable en el fondo. Iba al mercado de Konigslutter, porque ya iban demasiados al de Braunschweig...

Tardaron veinte minutos en llegar, y el conductor del camión completó su favor llevándolos a un pequeño hotel en el que, aseguró, serían admitidos a pesar de la hora tan intempestiva. Conocía a *Frau Radl* hacía muchos años, bla, bla, bla... Estaba

completamente despejado, animoso. Era más locuaz de lo que había pareció al principio, y generoso, pues les ofreció el café que llevaba en un termo.

En resumidas cuentas, las seis y pico de la mañana los dos espías estaban instalados en una habitación con baño. Todo un poco vetusto, pero inapreciable en aquellas circunstancias. Aseguraron que tenían la documentación en el coche, y que más tarde irían a por él y lo regularizarían todo.

Lo primero que hizo Fuchs fue desnudarse y meterse en la bañera, colocando las manos y los pies bajo el grueso chorro de agua caliente. Su piel era de un bonito tono dorado habitualmente, pero aparecía morada ahora. Cerró el grifo cuando la bañera estuvo llena, y se relajó.

—Oía perfectamente a Nick Barry en el dormitorio. Es decir, oía el ruido de papeles...

CAPÍTULO V

Nick hojeó rápidamente los dos libros, sin encontrar nada revelador a simple vista. Luego, contempló algunas páginas de ambos más detenidamente, y finalmente examinó Varias hojas al trasluz. No aparecía en ellas nada llamativo. Si había alguna clave allí, estaba muy bien disimulada.

Dejó los libros en el maletín, cerró éste apretándolo con fuerza, y entró en el cuarto de baño; se sentó en el taburete pintado de rosa.

—¿Cómo va eso? —Miró sonriente a Fuchs.

—Bien. Ya me voy sintiendo mejor.

—Me alegro. Cuando tú termines yo haré lo mismo... Eres una chica fuerte, Fuchs.

—Sí. ¿Qué buscabas en mi maletín?

Nick Barry se quedó mirándola fijamente, un tanto mosqueado. Por fin, sonrió en plan simpático.

—Tienes el oído muy fino, jovencita.

—¿Qué buscabas?

—Vamos, no preguntes tonterías. Buscaba la información que quieréis vendernos.

—Ya. ¿Y si la hubieses encontrado?

El agente americano volvió a sonreír. Fuchs no estaba utilizando jabón, sólo agua caliente, de modo que podía verla perfectamente en su total desnudez.

—Si la hubiese encontrado —musitó— tal vez nos ahorraríamos todos bastantes problemas, pues no haría falta que a toda costa quisieras ir a París, y podríamos tomar cualquier ruta.

—También podemos hacer eso aunque no la hayas encontrado. Todos los caminos conducen a París.

—Querrás decir a Roma.

—Y a París. Mi información está allí, en lugar seguro. La envié a cierto sitio, a cierto nombre, para ser recogida personalmente por mí.

—Entiendo. Bueno, creo que de todos modos no tendremos muchos más problemas. Dentro de tres horas haré una llamada telefónica, y espero que pronto nos enviarán ayuda.

—Si hubieses encontrado esa información..., ¿me habrías matado y dejado aquí, Nick?

—Vaya, no digas tonterías.

—Tú solo podrías pasar cualquier barrera. No te conocen.

—Tal vez me hayan visto en algún momento lo bastante bien para haber radiado una descripción mía. De todos modos, no habría hecho eso. Tranquilízate: te llevaré a París, ya te lo dije. Cuando te hayas librado del frío en los huesos acuéstate. Mientras tú duermes unas horas yo me aseguraré de que todo está bien por aquí... ¿Tienes hambre?

—Lo único que tengo ahora es frío y cansancio. Preferiría tener hambre.

—Sí, te comprendo, ha sido una mala noche, ¿eh? Pero al menos —sonrió de pronto el americano—, ha servido para que nos conozcamos un poco mejor.

—¿Y qué ganamos con eso?

—Bueno, creo que hemos simpatizado, ¿no?

Ella le miraba fijamente. De pronto, sonrió, y su sonrisa creó como un vacío en el estómago del espía americano.

—¿Estás pensando en acostarte conmigo, Nick?

—Supongo que te parecería una mala idea. Además, yo no tengo ningún secreto que te interese.

—¡No tienes por qué ser tan brutal! —protestó ella—. ¿Acaso tú no has hecho nunca nada que ahora te avergüence o te repugne? ¿No has hecho nunca nada que hubieras preferido no hacer?

—Tienes razón. Pero mira, Fuchs, hay dos puntos que un espía no debe nunca olvidar. Punto uno: no confiar jamás en nadie. Punto dos: menos que en nadie, en un traidor... o traidora.

—Estás pensando que si he traicionado a los míos puedo también traicionarlos a vosotros.

—No es precisamente ésa mi idea.

Ella estuvo unos segundos pensativa.

—De modo —murmuró de pronto— que piensas que estoy haciendo juego sucio con vosotros. ¿Crees que se trata de alguna... trampa?

—¿No?

—Eres odioso. Pero te comprendo.

Fuchs se puso en pie en la bañera, y Nick Barry pudo contemplarla ahora en toda su magnífica belleza.

Ella señaló la toalla de baño, y él se puso, en pie y se la acercó. Fuchs se envolvió en ella, y salió de la bañera, la destapó, y el agua comenzó a marchar.

—Estaba tan helada que he enfriado el agua —dijo—. Será mejor que la vuelvas a llenar.

—Si de verdad me comprendes, no tienes por qué enfadarte —sonrió Nick.

Ella comenzó a frotarse fuertemente con la toalla, y él, sin dejar de sonreír, la ayudó, friccionando enérgicamente el sólido cuerpo femenino. Bajo la toalla, sus dedos sentían ahora el calor de la carne, su elasticidad. Veía brincar los senos, vibrar el terso vientre o las firmes caderas.

Era un cuerpo tan hermoso que finalmente Nick Barry dejó de frotarlo, y miró los ojos de Fuchs. Ella también lo miró, y durante unos segundos eso fue todo.

Por fin, de pronto, Nick puso sus manos sobre los senos de la espía alemana.

—Tienes las manos muy frías todavía —susurró ella.

—Puedo calentármelas.

—Sería mejor que lo hicieras.

Diez minutos más tarde, Nick Barry salía de la bañera, se secaba rápida y enérgicamente, y pasaba al dormitorio. Desde la cama, tapada hasta la barbilla, Fuchs lo miró. Él se acercó, abrió la cama, y la vio todavía desnuda. Claro que no tenía nada que ponerse...

—Sólo hay una cama —susurró Nick.

—Creí que ibas a salir.

—Preferiría salir más tarde.

—Está bien.

Nick se acostó. Abrazó a Fuchs, y la besó en la boca. El suspiro de ella pareció penetrarle hasta lo más hondo de su cuerpo. El beso

se prolongó, hasta que, finalmente, ninguno de los dos tuvo suficiente con eso.

* * *

Hacia las once de la mañana, cuando Fuchs estaba sentada en la cama fumando un cigarrillo, Nick Barry regresó de su pequeña excursión, cargado con algunos paquetes. Miró sonriente a la muchacha, que le devolvió la sonrisa.

—Me parece —dijo él— que estás de bastante mejor humor.

—Sí. Dormir le sienta bien a cualquiera.

—Ya. Bueno, he comprado ropa para los dos. Barata, pues no llevaba encima demasiado dinero. He pagado el hotel, le he dicho a *Frau Radl* que nos vamos enseguida para buscar un taller de reparaciones, y que seguramente nos iremos con ellos adonde dejamos el coche. Tomaremos el tren, hacia Magdeburg.

—¡Hacia Magdeburg! Pero eso... es retroceder.

—Sí. He llamado... a cierto número, pero algo está ocurriendo, porque no contestan. Temo que la cosa se haya complicado demasiado, así que vamos a tomar todas las precauciones posibles. Y no quiero discutir, ¿de acuerdo? Desde Magdeburg, tras robar otro coche, iremos hacia el Sur, y luego nos las arreglaremos mejor para llegar a París.

—Está bien. Realmente, no creo que nos busquen en un tren que va hacia el Este.

Una hora más tarde, ambos tomaban el tren.

Y apenas éste hubo abandonado la estación de Konigsutter, supieron que todo había salido rematadamente mal. No habían observado nada inquietante en la estación, pero ahora, dos hombres habían entrado en el compartimento, y otros dos habían quedado en el pasillo. Los cuatro parecían formar parte de un grupo poco menos que uniformado: llevaban trinchera, sombrero, y sus miradas eran igualmente duras. Se sentaron ambos frente a Fuchs y Nick, junto a un hombre de unos setenta años que parecía empeñado en sostener un diálogo con un niño de siete u ocho años que viajaba con su madre. Nick quedó inmóvil, tenso. Fuchs parecía no menos petrificada que él.

Uno de los hombres se dirigió a Fuchs, hablando en ruso. Nick se

pasó la lengua por los labios. El anciano miró con contenida sorpresa al sujeto que hablaba en ruso. Fuchs le respondió algo, y volvió la cabeza hacia Nick.

—Lo siento —murmuró—. Dicen que está todo bajo control, y que nos están esperando en Helmstedt. Hay seis hombres en este vagón... Vigilaban la estación, y te vieron por aquí.

—Es decir, que me conocen.

—Evidentemente. Al menos, conocen tu aspecto. Te siguieron hasta el hotel. Y luego, cuando salimos juntos de allí, lo organizaron todo rápidamente.

—Todo eso ya lo he entendido. Pero... ¿cómo conocen mi aspecto?

—En algún momento debieron verte. Y con la trinchera arrugada, los zapatos sucios de barro.

Nick frunció el ceno. Miró a los dos sujetos sentados frente a él, que le devolvieron una irónica mirada. Luego, miró a los dos que veía en el pasillo, y que no le perdían de vista. Perfecto. La trampa se había cerrado.

En quince minutos llegaron a Helmstedt. El anciano, la mujer y el niño no se movieron. Fuchs y Nick salieron del compartimento, y vieron entonces a los otros dos hombres. Caminando entre éstos y los dos del compartimento y los dos del pasillo, recorrieron éste. Cuando saltaron al andén, vieron a dos hombres más. Nadie dijo nada. Simplemente, escoltados, los dos espías caminaron hacia fuera de la estación.

Allá estaba esperando una camioneta Volkswagen, junto a la cual había otros dos hombres. Uno de éstos abrió las puertas de atrás, subió, y su compañero hizo lo mismo. Ni Fuchs ni Nick necesitaban indicaciones. Subieron también a la camioneta. Tras ellos, cuatro hombres. El resto se dirigió hacia un automóvil negro estacionado cerca. Las puertas de la camioneta fueron cerradas. Emprendieron la marcha.

Ni antes ni ahora tenía sentido iniciar un tiroteo, ya que el resultado final estaba bien claro. Nick y Fuchs se habían sentado juntos en uno de los bancos laterales. En el otro estaban cuatro hombres; junto a ellos, uno a cada lado, otros dos.

Uno de los que tenían enfrente, dijo:

—Entreguen sus armas. Y tú, ese maletín.

Seis pistolas les estaban ya apuntando. Entregaron las suyas y el maletín. El hombre que se había hecho cargo de éste lo abrió, sacó los dos libros, que estaban encima de todo, y los miró con curiosidad. Los hojeó, mirando de cuando en cuando a Fuchs, que permanecía inmóvil, rígida e inexpresiva. El hombre no comentó nada. Echó un vistazo al resto del contenido del maletín, lo cerró, y lo dejó a su lado en el largo asiento. En el techo, una luz amarillenta les permitía observarse unos a otros perfectamente.

—Son ustedes muy profesionales —dijo el hombre que parecía tener el mando—; ni una protesta, ni una respuesta, ninguna tontería...

—Supongo que nos llevan a Berlín —dijo Nick—. No hay nada que preguntar.

El otro se limitó a sonreír. El viaje se fue prolongando. Pasó una hora. Dos. Tiempo más que suficiente para haber llegado a Berlín, y cruzar al otro lado del muro. Pero si hubieran llegado a Berlín habrían oído el inconfundible rumor de la ciudad. Y todo lo que oían era de cuando en cuando algún vehículo que se cruzaba con la camioneta.

Nada de esto parecía sorprender a Fuchs. Realmente, ¿para qué llevarlos a Berlín? No tenían por qué hacerlo. Estaban en la Alemania Oriental, podían llevarlos a cualquier sitio de ésta sin tener qué complicarse la vida cruzando el Berlín Oeste. O bien, podían ir a Berlín rodeándolo por el Sur...

Finalmente, la camioneta se detuvo. Afuera se oyeron voces, y luego unos golpes en las puertas, que acto seguido fueron abiertas. Vieron el automóvil, que les había seguido. Uno de los hombres que habían viajado en él les ordenó que bajasen, y obedecieron en silencio.

Entonces vieron la casa, cerca de un bosquecillo. Echaron a andar hacia allí, férreamente escoltados. Salvo aquel bosquecillo el resto del paisaje era plano y despejado. No llovía, pero el cielo estaba gris oscuro, tormentoso. Todo era deprimente. Cerca del bosquecillo había algunos hombres, que apenas se divisaban.

—Es un lugar siniestro —murmuró Fuchs.

Nick Barry no contestó, tal vez porque no había nada que contestar, pues las palabras de Fuchs no habían podido ser más descriptivas, más exactas. La casa era grande y destartalada,

sombría. Parecía una vieja granja poco menos que abandonada.

Los hicieron esperar frente a la puerta mientras dos de sus acompañantes de la camioneta entraban. Permanecieron dentro cinco o seis minutos. Cuando reaparecieron uno de ellos hizo un gesto seco con la cabeza.

—Adentro —ordenó.

Había un gran vestíbulo con muebles viejos. Y dos hombres armados de metralletas. A la izquierda, una puerta, que fue abierta por uno de los sujetos ataviados con trincheras. Fuchs y Nick entraron. Era una enorme sala, tan vetusta como todo cuando habían visto hasta entonces.

Allí había tres hombres más. Dos de ellos, como los del vestíbulo, armados de metralletas, de pie, colocados estratégicamente. El otro estaba sentado en un sillón, con un mapa desdoblado sobre las rodillas.

Este hombre, cuando los miró, fue el que produjo un escalofrío a Fuchs. Tenía los ojos negros, el cabello rubio, y había en su boca de labios delgados un gesto entre divertido y cruel. Cuando se puso en pie evidenció su estatura, cercana al metro noventa. Era un atleta elegante, correctamente vestido, de buenos modales.

—Me llamo Heinrich Faber —dijo en alemán, con voz agradable, nítida—. ¿Quiénes son ustedes?

CAPÍTULO VI

Por un instante, Nick Barry quedó estupefacto, o al menos eso pareció por su gesto. Luego, miró a Fuchs, parpadeó, y volvió a mirar al llamado Faber.

Éste alzó las cejas con un gesto desdeñoso.

—Vamos, no sean absurdos, Inevitablemente, tendrán que contestar a mis preguntas, y no todas serán tan sencillas como ésta: ¿quiénes son ustedes?

Nick volvió a mirar a Fuchs, pero ésta no correspondía a su mirada. Permanecía con la mirada fija en Faber, y eso era todo. El apuesto alemán hizo un leve gesto de impaciencia.

—Por supuesto, son americanos —dijo—, pero me gustaría saber quiénes son y que están haciendo en Alemania Oriental. Fueron denunciados por un conductor de camión en Konigsutter, al que resultaron sospechosos. Inmediatamente, un... servicio especial de vigilancia se encargó de tenerlos bajo control. Si se hubieran dirigido hacia el Oeste tal vez nos habríamos limitado a seguirlos, pero tomaron el tren hacia el Este... ¿Adónde iban y a hacer qué cosa?

Nick Barry volvió a mirar a Fuchs. Parecía terriblemente desconcertado, cómo si se estuviese preguntando a qué estaban jugando aquellos hombres. ¿No sabían quién era Fuchs?

—Su actitud me está enojando —advirtió Faber—. No quisiera que ese enojo les hiciera pasar un mal rato innecesario. Veamos: ¿son de la CIA?

—Yo sí —gruñó Nick.

—Ah, muy bien. Me complace su nueva actitud.

—¿Qué otra me queda? —Gruñó de nuevo Nick—. Sé que tendría que decirlo todo tarde o temprano, y es de agradecer que

usted prefiera este sistema.

—Nos vamos entendiendo. ¿Cuál es su nombre?

—Nicolás Barry.

—¿Y qué está usted haciendo por aquí, señor Barry? Quiero decir, en circunstancias tan... extrañas. Fueron recogidos de madrugada, muertos de frío, mojados, sucios, y contando una peregrina historia de un accidente... Luego, en lugar de ir a recoger su coche al sitio donde fueron recogidos por aquel camión, toman el tren hacia el Este... ¿Adónde iban?

—Queríamos viajar hacia el Este, luego hacia el Sur, y finalmente pasar a Alemania Occidental y a Francia.

—¿Y por qué se han complicado tanto la vida para hacer una cosa tan obviamente sencilla?

—Oiga —gruñó Nick—, ¿me está tomando el pelo?

—No le comprendo, señor Barry.

Éste miró una vez más a Fuchs, que por fin, tras un suspiro como de desaliento, dijo:

—Nick se refiere a mí: él me estaba ayudando a escapar.

—Ahora soy yo quien no comprende —dijo Faber—. ¿De qué tenía que escapar usted?

—Quería escapar de Berlín Oriental.

—¿Escapar de...? Vamos a ver si nos entendemos; ¿no es usted americana?

—No.

—Pues ¿qué es usted...? ¿Quién es usted?

—Me llamo Hildegard Neumann.

—¿Alemana?

—Sí. Naturalmente.

El más desconcertado de todos allí parecía, en aquel momento, el atractivo Heinrich Faber, cuyos negros ojos parecían querer perforar a Fuchs.

—¿Debo entender —dijo suavemente— que usted tal vez estaba trabajando por el servicio de inteligencia del Este... y que quería escapar a Occidente?

—Eso es evidente, ¿no? ¿De verdad no lo sabía?

—Claro que no.

—No comprendo qué pretende con este juego. Desde que salimos de Berlín, ya acosados, varios hombres nos han estado

persiguiendo... ¿Tampoco sabía usted esto?

—No, no lo sabía.

—Entonces... ¿quién es usted?

—*Fraulein* Neumann, yo sí trabajo para el servicio de inteligencia del Este. Y eso significa que si alguien escapó de Berlín hacia el Oeste debía ser informado de ello. Sin embargo, no he recibido comunicado alguno al respecto. ¿Cómo explicaría usted esto?

—¿Yo? No tengo ni idea. Tal vez usted no sea tan importante como para ser informado de todo, *Herr* Faber.

Éste quedó impávido un instante. Luego, sonrió burlonamente.

—Es posible —admitió—. Pero también es posible que sea usted el personaje insignificante, y por tanto no creyeron oportuno molestarme a mí y a mis hombres por tan poca cosa. De todos modos, no comprendo toda esta complicación: para pasarse a Occidente no tenía usted por qué andar de un lado a otro, bastaba tomar un avión cualquiera americano. ¿Por qué no lo hizo así?

Fuchs no contestó. Faber estuvo unos segundos mirándola, miró luego a Barry, y de nuevo a la muchacha.

—Encerradlos —dijo de pronto—; luego hablaré con ellos de nuevo.

Fuchs y Nick fueron sacados de la gran sala, y llevados a una habitación interior, cuya puerta fue cerrada. Y ante la cual, en el pasillo, quedaron dos hombres armados de metralletas. Apenas solos, Nick se encaró con Fuchs.

—¿Puedes explicarme lo que está pasando? ¿Por qué ese sujeto no tiene noticias de ti?

—No lo habrán informado, eso es todo. No debe ser importante.

—No, ¿eh? Bueno, ¿y qué me dices de esos hombres que nos han estado acosando? Mataste a uno y heriste a otro. Lógicamente, el aviso de tu traición debió circular a toda velocidad por todos los puntos de rastreo de Alemania Oriental. ¿Por qué no habían de informar a ese Faber?

—No debe ser importante.

—¡Déjate de tonterías! Aunque él no sea importante, tú sí lo eres, en estos momentos. Ellos tienen que saber que sabes cosas muy comprometidas. ¿Por qué, no avisar a todos, por qué dejar sin avisar a Faber? ¡No tiene sentido!

—No sé qué decirte.

—Me estás engañando, Fuchs. No sé qué...

—Ahora ya sabes que me llamo Hildegard —sonrió ésta.

—Maldita sea mi estampa... ¿Qué me importa a mí cómo te llames? ¡Lo que me importa es que me has estado engañando, y eso está bien claro! Y te diré otra cosa: ni siquiera debes llamarte Hildegard Neumann. ¿Qué eres tú? Me está pasando por la cabeza una idea que no me gusta nada.

—¿Qué idea?

—La idea de que no eres alemana, sino rusa, y que estáis tratando algo... Te oí hablar en ruso con cierta deficiencia, pero eso podía ser para engañarme; tal vez hables el ruso a la perfección, y eso precisamente te permite hablarlo deficientemente cuando te convenga. Has, querido convencerme de que eres alemana, pero eres rusa... ¡Y no entiendo nada! ¿Qué es lo que pretendes con todo este juego idiota? Porque a mí puedes engañarme, de acuerdo, pero no a la CIA en peso. ¿Crees que en la Central no habrían sabido muy pronto quién eres en realidad?

—Te estás dejando llevar por la fantasía, Nick.

—¿Qué demonios de fantasía! ¡No entiendo nada de todo esto, y si las cosas fuesen como tú has querido hacerme creer yo lo estaría comprendiendo todo ahora! Puede que no sea un genio, pero te aseguro que tampoco soy un imbécil.

—Será mejor que te calmes... ¿Qué crees que están haciendo estos hombres en un lugar como éste? No hay nada. Y aquellos hombres que vimos en la linde del bosque... ¿Se te ocurre algo?

—Ya lo creo que se me ocurre algo —dijo fríamente Barry—; no hablar contigo ni una sola palabra más hasta que entienda lo que está pasando.

—Se diría que ya no me amas —sonrió Fuchs—. ¡Precisamente ahora que yo empezaba... a sentirme tuya!

Nick Barry entornó los párpados, por entre los cuales sus ojos parecían echar fuego. Se sentó en una silla, apretó los labios, y eso fue todo. Fuchs lo estuvo mirando unos segundos, pero acabó por encogerse de hombros y tenderse en la cama. Desde allí, miró a Nick, sonriendo, pero éste frunció el ceño e ignoró la sonrisa.

Un cuarto de hora más tarde la puerta se abrió, y dos hombres armados entraron en la habitación. Uno de ellos señaló a Nick.

—Venga con nosotros —dijo.

* * *

Otro cuarto de hora más tarde, la puerta se abrió, y Nick fue arrojado al interior de la habitación, donde cayó de bruces. Se puso enseguida de rodillas, y alzó una mano en dirección a Fuchs, que tras lanzar una exclamación se había sentado en el borde de la cama, y parecía dispuesta a correr hacia él.

—No te acerques a mí —rechazó por anticipado Nick—. ¡No te acerques!

Se puso torpemente en pie, observado por Fuchs. Parecía que las piernas de Nick Barry no estuviesen muy firmes, y tenía señales de golpes en la cara. Un hematoma comenzaba a formarse sobre un pómulo, y su labio inferior estaba partido. Con todo, a juzgar por sus movimientos, parecía que lo que más le dolía era el vientre y las costillas. Se sentó cuidadosamente en la silla, y suspiró.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Fuchs.

La mirada de Nick se clavó colérica, en la muchacha.

—Te diré lo que ha ocurrido: Heinrich Faber ha llamado por la radio a no sé dónde, y allá le han dicho que su servicio nunca ha contado con ninguna agente llamada Hildegard Neumann. Cariño: nadie del otro lado te conoce, no constas en parte alguna. Pero hay más: no saben nada de lo sucedido en Berlín, a excepción de la muerte de Karl Hofer, de la que se enteraron varias horas después de que tú lo matases. Tampoco saben nada de los tipos que fueron a tu apartamento, ni de que mataste a uno y heriste a otro. Ni saben nada de lo sucedido esta noche en la carretera y en el bosque, ninguno de sus hombres ha informado de nada de eso. Para ellos, es como si nada hubiera pasado hasta que aquel simpático tipo del camión nos denunció como sospechosos. Así que ya sabes lo que ha ocurrido. Y yo sé ya con toda certeza que me has estado mintiendo. Si no eres alemana oriental, si no eres Hildegard Neumann..., ¿quién demonios eres?

—Hildegard Neumann. ¿No lo comprendes, Nick? Ellos te han mentado. Saben que yo he obtenido una importantísima información, y lo que quieren ahora es confundirte, para que vosotros no hagáis caso de nada de lo que yo os diga.

—Me parece que estás loca —gruñó Nick—. ¿Acaso crees que podrás ya entregar esa información? ¿Realmente crees que están haciendo una comedia y que nos van a dejar marchar? ¡Toda esa comedia quizá la harían si hubieras escapado, o hubiéramos escapado los dos, pero no vamos a salir de aquí jamás! ¿Lo entiendes? Simplemente, nos van a matar. ¡Y yo ni siquiera sabré por qué habré muerto! En cuanto a ti... Bueno, no creo que tarden mucho en venir a buscarte, y desde luego lo que a mí no quieres decirme se lo dirás a Faber. ¡Vaya si se lo dirás!

—Sí —pareció desmoronarse Fuchs, ya sé que eso de soportar torturas es una quimera. No tendré más remedio que decirlo todo.

—Ah, parece que vas entrando en razón. Maldita sea, Fuchs, no entiendo nada de nada. ¿Cuál es la verdad?, ¿qué juego estamos jugando? ¡Tienes que decírmelo!

Fuchs estaba titubeando cuando la puerta se abrió, y aparecieron los dos hombres armados con metralletas.

—Usted, venga —señaló uno de ellos a Fuchs.

—No seas loca —exclamó Nick, poniéndose en pie—. ¡Fuchs, no dejes que te hagan pedazos, díselo todo a ese maldito Faber antes de que te obligue a su manera!

Fuchs salió del cuarto, y poco después entraba en la sala. Heinrich Faber estaba sentado en un sillón, la miró, y señaló otro que había frente a él. La muchacha se sentó.

—Le he dado tiempo al señor Barry para que le explicara la situación. ¿Lo ha hecho?

—Sí.

—Muy bien. Así que ya sabemos que usted no es alemana, que no se llama Hildegard Neumann, y que, ciertamente, jamás ha trabajado para nosotros. Entonces, ¿quién es usted, para quién trabaja, y qué asunto tiene entre manos?

—Soy Marta Domova, rusa; trabajo para la KGB; y mi asunto, que usted está a punto de estropear, era introducirme en los servicios secretos americanos con una información de supuesta importancia temporal que los impulsaría a confiar en mí.

Heinrich Faber miraba fijamente a Fuchs, inexpresivos sus ojos negros, inmóvil su boca delgada y cruel. Por fin, sus delgados labios se movieron.

—Mentira. Como es natural, mi contacto ha pasado información

a la KGB sobre este asunto, y la KGB tampoco sabe nada de usted. No consta en parte alguna, nadie la conoce, ni alemanes ni rusos... Nadie. ¿Cómo explica eso?

—Mi personalidad y mi trabajo sólo son conocidos en Moscú. Hace más de tres años que me estaban preparando para pasarme al Oeste como una fugitiva alemana llamada Hildegard Neumann. Todo se preparó meticulosamente: la muerte de Karl Hofer, que precisamente estaba a punto de traicionarme sería la prueba decisiva de mi buena voluntad para pasarme a Occidente. Los hombres que intervinieron después eran rusos, no alemanes, y todo fue fingido: el ataque en mi apartamento de Berlín, incluso hiriendo a un americano, la fuga, la persecución por la carretera, por el bosque... Todo fingido. ¿Le ha explicado el americano lo que ha sucedido?

—No ha tenido más remedio —susurró Faber.

—¿Y se lo creía? Él, quiero decir.

—Está desconcertado y furioso, pero todo eso de las persecuciones lo ha creído. Usted, al parecer, mató a un hombre en Berlín, y pudo matar a varios más en la carretera, cuando disparó contra el coche.

—Todo fue fingido. Utilicé balas de fogueo. Y el hombre que conducía el coche se salió a propósito de la carretera. —Fuchs sonrió divertida—: es un hábil conductor. Y los del bosque, naturalmente, no tenían que encontrarnos. Todo había que hacerlo difícil, pero yo debía llegar a Estados Unidos.

—¿Para qué?

—No puedo decírselo. Pregunte a la KGB..., aunque dudo que ellos admitan nada. Simplemente, usted está a punto de echar a perder un plan importante, *herr* Faber.

Heinrich Faber frunció el ceño, y quedó largamente pensativo, antes de murmurar, fija su mirada en los ojos de Fuchs:

—Usted debe considerarme un pobre imbécil, *fraulein*.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si el señor Barry no ha querido dárse las de listo inventando también las más peregrinas historias, el hombre que usted mató con balas de fogueo en la ventana de la cocina de aquel apartamento de Berlín, fue recogido cadáver por la CIA. ¿Puede decirme cómo debo entender esto?

—Aquel hombre formaba parte del juego, como los demás, y simuló morir allí mismo. Apareció el otro, y yo volví a disparar con balas de fogueo, pues este segundo hombre no debía morir, había que evitar el riesgo de cualquier accidente. En cuanto Nick y yo nos alejamos, el segundo hombre mató al primero y lo dejó en la ventana, y salpicó algunas manchas de su sangre para que pareciese que él había escapado herido.

—¿Quiere usted decir que sacrificaron al hombre que quedó en la ventana?

—Fue una ejecución: era un amigo de Karl Hofer, con el cual estaba metido en el mismo asunto de traición. Así que matamos a dos hombres que iban a traicionarnos y lo dejamos todo perfectamente montado. Era imposible que la CIA desconfiara. Y ahora, *Herr* Faber, usted lo ha estropeado todo. Si me mata, no quisiera estar en su pellejo. Y si finge que me deja escapar, no sé si los americanos se lo tragarán. —¿Qué sugiere usted, entonces?— sonrió Faber.

—Sólo hay una solución: mate usted a Nick Barry, y yo volveré a Rusia, fracasado este trabajo por su culpa y a la espera de poder ser útil más adelante de algún modo.

—¿De modo que debo matar a Barry? —Es una sugerencia.

—Mire, llevo muchos años metido en esto, *fraulein*, y es la primera vez que estoy realmente desconcertado, lo confieso. Y admita que sería de una gran candidez por mi parte aceptar su idea. Creo que voy a insistir cerca de la KGB para confirmar esa fantástica historia de Marta Domovo, de la KGB.

—Lo negarán todo.

—No, si yo digo que salvo que confirmen su personalidad mis intenciones son eliminarla, como al señor Barry.

—Lo negarán. Es decir —tragó saliva Fuchs—, que puedo darme por muerta.

—No desespere —sonrió. Faber—. Y de un modo u otro, reciba usted mi admiración. Sea usted lo que sea, y esté haciendo lo que esté haciendo, tiene mucho valor. Y mucha sangre fría.

—Estoy pensando... Bueno, quizá todavía podría solucionarse todo si escapábamos Nick Barry y yo. Pero tendría que hacerse todo muy bien, que pareciera verdad, para que no desconfiaran de mí al llegar a Estados Unidos. De ese modo, todavía podría introducirme

en los servicios secretos americanos.

—Lo pensaré —sonrió de nuevo Faber—. Pero ¿sabe una cosa, *Fraulein*? todo eso de introducir agentes en los servicios secretos de otro país es... viejo y caduco. Ya no se estila. Ahora hay otros procedimientos mucho más sutiles.

—Tal vez por eso vuelven a dar resultado los viejos procedimientos... Caducos, como dice usted.

—Tal vez —admitió Faber—. Vuelva con el señor Barry... Y por favor, no busquen complicaciones que podrían impulsarme a tomar decisiones definitivas sobre ustedes. Me entiende, ¿verdad?

—Desde luego.

—Nos veremos más tarde, *fraulein*.

Fuchs se puso en pie, titubeó, y por fin preguntó:

—¿Qué está usted haciendo en un lugar como éste, y con tantos hombres? Esto no es una station corriente, aquí hay algo, algo... especial, ¿no es así?

—Le prometo una cosa —rió Heinrich Faber—; si finalmente decido matarla satisfaré antes su capricho de saber qué estamos haciendo mis hombres y yo en este lugar. Retírese.

Faber hizo un gesto, y uno de los hombres abrió la puerta de la sala. Fuchs fue conducida de nuevo a su improvisada celda, donde Nick Barry, agente de la CIA, permanecía sentado en la silla. La puerta se cerró tras Fuchs, que preguntó:

—¿Tienes un cigarrillo?

—No. Los terminé. ¿Qué ha pasado?

Ella no contestó. Llamó a la puerta, que se abrió rápidamente, dejando visible a los dos hombres armados de metralletas. Los que la habían acompañado ya no estaban allí.

—¿Podrían darnos cigarrillos? —pidió Fuchs, en alemán.

Los dos hombres se miraron. Parecían no haber entendido bien. Cambiaron un par de frases rápidas. Luego, uno de ellos asintió, dijo algo, y cerró la puerta. Fuchs fue a sentarse en el borde de la cama, observada fijamente por Nick, cuyos labios estaban apretados.

Un par de minutos más tarde, la puerta se abrió, y uno de los guardianes lanzó un paquete de cigarrillos hacia Fuchs, que los agarró al vuelo, sonriente.

—Muchas gracias. Me parece que tampoco tenemos cerillas.

Ustedes se lo han quedado todo.

La puerta fue cerrada. A través de la madera, los dos guardianes volvieron a cambiar impresiones. Un minuto más tarde, de nuevo se abrió la puerta, y el mismo hombre de antes tiró un estuche de cerillas hacia Fuchs.

—Gracias de nuevo.

La puerta se cerró. Fuchs encendió dos cigarrillos, y se acercó a Nick, ofreciéndole uno.

—¿Te has fijado? —susurró—. Esos dos hombres parece que no entienden el alemán.

—Sí... Deben ser rusos.

—No, no son rusos; son polacos.

—¿Qué más da? —Gruñó Nick—. Bueno, dime qué ha pasado en tu entrevista con Faber. ¿Puedo ya saber...?

—Sólo hay una cosa que te interesa saber, Nick; nos van a matar.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decirme? —exclamó Nick.

—Todo lo demás ya no tiene importancia. Ellos seguirán negando que me conocen, pero ya te he dicho por qué: por si la CIA pudiera conseguir mi información que envíe a París, para desprestigiarla, para que no la crean.

—Me estás mintiendo... ¡Me estás mintiendo de nuevo!

—¿Crees que te mentaría en un momento como éste? Además, en estos momentos, yo... Bueno, el tiempo que hemos pasado juntos, y lo que nos ha sucedido... Puedes creerlo o no, Nick, pero me siento... muy unida a ti. Y tú tienes que saberlo.

Nick Barry se quedó mirándola. Por fin, masculló:

—Q estás loca tú, o estoy loco yo..., o estamos locos los dos. Ella sonrió, se inclinó sobre él, y le besó en los labios.

—Lo siento, Nick —susurró—. Siento haberte metido en esto:

—La culpa no es tuya —protestó él.

—Tal vez no. ¡Si pudiera llegar a París! ¡Ahora me arrepiento de no haberos dicho cuál es la información que os quería vender, pero tampoco serviría de nada, porque no me habríais creído. Y sólo viendo aquellos documentos lo creeríais...! ¡Si pudiera llegar a París!

—Si intentamos escapar quizá alguno de los dos lo consiga. Pero si fuese yo, ¿dónde podría recoger esa información?

—No podrías. La tiene una persona que sólo me la entregará a mí personalmente, cuando me presente con el nombre francés que convinimos: Francoise Savard. En fin, todo está perdido.

—Pero no vamos a dejarnos matar —gruñó Nick—. No yo, al menos.

CAPÍTULO VII

Dos horas más tarde, Nick Barry fue sacado del cuarto, y llevado de nuevo a presencia de Heinrich Faber. Regresó media hora más tarde, pálido, pero sin más señales de golpes. Miró a Fuchs, apretó los labios, y desvió la mirada como asqueado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Vete a la mierda..., Marta Donova.

—¡Te lo ha dicho! —exclamó Fuchs; y de pronto su rostro se llenó de alegría—. ¡Eso quiere decir que lo han confirmado, ya no van a matarme a mí! —No. A ti, no.

—¿Y a ti sí?

—¿Qué te parece? A ver si lo adivinas, cariño. Pero no te hagas muchas ilusiones, porque Faber todavía no ha recibido confirmación sobre tu personalidad. Lo que ha recibido es una orden que quizá a ti te guste: nos van a enviar a Rusia. A los dos. ¡Maldita seas!

—Pero si te envían a Rusia... no será para matarte, Nick. Te quedarás allí hasta que puedas ser canjeado... ¡Eso no es morir!

—Si me diriges una sola palabra más soy capaz de estrangularte. ¡Y eso es lo que tendría que hacer! Me has llevado y traído como si yo fuese... un trapo sucio, me has arrastrado por donde has querido, has hecho de mí lo que te ha dado la gana... ¡Debería matarte con mis propias manos!

—¿Y por qué no lo haces?

—Te voy a decir algo que te hará reír, Marta Donova: no te mato porque te amo. ¿No es gracioso?

—No, no lo es —susurró ella, acercándose a él y abrazándose a su cintura—. No tiene nada de gracia, Nick, porque yo también me he enamorado de ti. ¡Te lo demostré esta mañana cuando...!

Nick Barry puso la mano izquierda sobre el pecho de Fuchs, la apartó empujando con ruda firmeza, y cuando la muchacha estuvo a la distancia adecuada le soltó un bofetón tremendo, que sentó en el suelo a la hermosa Fuchs.

La puerta se abrió en aquel momento. Los dos hombres que entraron, dejando afuera a los dos guardianes, miraron sorprendidos a Fuchs, que se apresuró a ponerse en pie. En su mejilla izquierda estaba marcada la huella del golpe, que pronto enrojecería.

—Venga, *fraulein* —dijo uno de los hombres.

Nick se había sentado en la silla, y parecía haber olvidado completamente a Fuchs. Parecía totalmente que para él ella ni siquiera existía. Fuchs desvió la mirada del americano, y salió del cuarto.

De nuevo la estaba esperando Heinrich Faber, que apenas ella se hubo sentado ante él, dijo:

—Se me ha ordenado que los envíe a ustedes dos a Rusia, y tengo ya preparada una avioneta para ese viaje. Quizá es cierto que usted es lo que dice, *fraulein*. No lo han admitido, pero algo debe haber de verdad cuando la quieren a usted viva en Moscú.

—¿Me ha hecho venir para decirme eso?

—No estamos en Magdeburgo, ¿sabe? —Movi6 la cabeza Faber—. La verdad es que la camioneta que los trajo aquí dio bastantes vueltas, pues toda precaución es poca. De aquí, irán directos hacia Polonia, y no tendrán dificultades para llegar a Rusia. Bien, yo..., en realidad quería decirle que lamento lo ocurrido, pero usted tiene que comprender que no podía hacer otra cosa.

—¿Se está disculpando? —exclamó Fuchs.

—No quisiera caerle personalmente en desgracia a nadie de la KGB —murmuró Faber.

—¿Tiene miedo de mí? —Se pasmó Fuchs—. Vamos, esto es absurdo, Faber, Usted ha hecho lo que tenía que hacer.

—Celebro que piense así —aspiró hondo el alemán—. Y le deseo un buen viaje. Partirán cuando anochezca, y me he ocupado ya de que reciban provisiones adecuadas. Creo recordar —sonrió amablemente— que no ha comido usted nada desde que salió del hotel de Konigsglutter. Si desea comer algo ahora mismo...

—Prefiero esperar. No olvidaré su amabilidad, Faber.

—Se lo agradezco. Bien, no creo que proceda que usted y yo hablemos más. Cada cual tiene su trabajo, y debo atender el mío en todo momento...

—¿Qué está haciendo ustedes aquí?

—Lo siento, no puedo decírselo. En todo caso, si así conviene; se lo dirán sus jefes en Moscú. Aunque lo dudo mucho. —Faber sonrió—, pues no es usted la única que realiza misiones secretas de... gran importancia.

—Me satisface su discreción. ¿Algo más?

Faber movió la cabeza negativamente, y se puso en pie. Fuchs también se puso en pie, miró con curiosidad al alemán, y, por fin, sonriendo, se dirigió hacia la puerta.

* * *

Hacia las siete de la noche los sacaron de la habitación, y acto seguido de la casa. Ya no vieron a Heinrich Faber. Tanto Nick como Fuchs se dieron cuenta de que ni una sola luz salía de la casa, pues se fijaron especialmente en ellos cuando antes de abrir la puerta uno de los hombres apagó la luz.

Afuera esperaban dos hombres más, igualmente armados de metralletas, que se colocaron inmediatamente ante los prisioneros, encabezando la marcha hacia el cercano bosquecillo. Fuchs y Nick partieron tras estos dos hombres, llevando detrás a la pareja que había salido con ellos de la casa.

—No entiendo esto —susurró Fuchs—. Faber me dijo que nos iban a trasladar en una avioneta, y vamos hacia el bosque... Además, no veo ninguna avioneta.

—Puede ser muy fácil de entender —susurró también Nick—: no hay tal avioneta, nos llevan al bosque para fusilarnos.

En el silencio, oían ante ellos y tras ellos el resonar de los pasos de los cuatro hombres armados. En el cielo, por entre nubarrones de densa neblina, se veían algunas estrellas.

Cuando estaban a unos treinta metros del bosque vieron la avioneta. Estaba metida de cola entre los abetos del linde. Ante su morro se extendía la enorme explanada por la cual podría rodar perfectamente para despegar. A la derecha, y todavía un poco más adentro del bosquecillo vieron la reluciente carrocería de un

automóvil, y casi enseguida, otro más. Dos hombres armados de metralletas patrullaban un poco más lejos, ante enormes bultos cubiertos con lona...

—Nick —susurró Fuchs—. Nick, ¿qué son aquellos bultos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No sé ni dónde estoy... Lo único que sé es que a mí no van a llevarme a Rusia. ¿Quieres venir conmigo?

—Ahora eres tú quien está loco —jadeó Fuchs—. ¡Es imposible escapar!

—Prefiero intentarlo, a ir a Rusia. Puedes delatarme si quieres, puedes avisarlos, pero yo lo intento.

—Estás loco —gimió Fuchs—. ¡Te matarán! Oh, Nick, no lo hagas, no lo hagas, por favor...

—Adiós.

Estaban a menos de cinco metros de la avioneta cuando el espía americano, tras la despedida, saltó hacia delante, golpeo en la espalda con los dos puños al hombre que le precedía, y, pasando por encima de él, corrió hacia la espesura, medio vuelta la cabeza. Vio a Fuchs golpear con el pie en los riñones al otro hombre que iba delante, y correr tras él a toda velocidad. Perfecto.

A su espalda oyeron las exclamaciones de los dos hombres que los seguían, cerrando el cuadro de escolta. La sorpresa, y quizá la velocísima acción de Fuchs y Nick Barry, jugó en favor de éstos, que alcanzaban los primeros abetos cuando los dos hombres comenzaban a colocar horizontalmente sus metralletas mientras gritaban palabras de aviso...

Primero crujieron en la noche las metralletas de los dos hombres más retrasados, y casi en seguida, las de los dos que habían sido derribados por los fugitivos. La oscuridad se llenó de largas estrías rojas, las ráfagas de bala partieron en pos de Nick y Fuchs. En el bosque, crujieron los abetos al ser despellejados por los proyectiles. En un instante, el silencio fue destrozado por el tableteo de las metralletas. Algunos hombres aparecieron, procedentes del lugar donde estaban los enormes bultos cubiertos con lonas. Las órdenes y las instrucciones parecieron secos ladridos en la noche.

Una jauría de hombres armados de metralletas partió en pos de los dos espías, bosque adentro.

Milagrosamente ilesos por el momento, Fuchs y Nick corrían

todo cuanto podían por entre los abetos. Aquí y allá, entre éstos, aparecía una estrella, derramando una mísera luz lívida que, al menos, revelaba la presencia de los árboles, que eran sorteados rápidamente.

Por detrás seguían crujiendo los disparos, aparecían pinceladas de fuego.

Las voces seguían llegando, como una agresión más contra las espadas de los fugitivos. Atravesaron a toda velocidad un pequeño claro que parecía teñido de azul frío, como muerto, y estaban llegando de nuevo al arbolado cuando las balas zumbaron por encima de sus cabezas, con secos chasquidos...

En un instante, tuvieron de nuevo tras ellos la protección de los gruesos abetos, que gimieron su dolor de heridos por las balas.

Y de pronto, por delante de ambos fugitivos aparecieron varias figuras humanas, no menos de una docena, moviéndose rápidamente. Nick Barry lanzó una exclamación de sorpresa y sobresalto, pero no tuvo tiempo de nada más, porque enseguida llegó la voz conocida:

—¡Nick! ¿Sois vosotros? ¡Venid hacia aquí!

El espía americano lanzó ahora un grito, y se detuvo tan en seco que cayó de rodillas.

—¡Nick! —gritó Fuchs—. ¡Nick, Nick...!

—¡Siga corriendo hacia aquí! —ordenó la misma voz en inglés—. ¡Nick no necesita su ayuda!

Fuchs continuó corriendo, mientras Nick, en efecto, se ponía velozmente en pie y hacía lo mismo. Llegó jadeante adonde estaba el hombre que había gritado, el cual gritó:

—¡Al suelo!

Fuchs ya estaba en el suelo. Nick se dejó caer junto a él, y el jefe de Nick lo hizo a su lado, dejándolo entre ambos. El rostro de Nick estaba lívido absolutamente, demudado.

—¡Pero...! —empezó a gritar.

—Silencio. ¡Ahí llegan! —ordenó el jefe.

Cierto. Por entre los abetos, vieron al grupo perseguidor, que estaba cruzando el claro, como sombras, como fantasmas... Nick alzó la cabeza, y vio a ambos lados de él a todos los hombres que acompañaban a su jefe, armados de pistolas y, algunos, de metralletas.

—¡Fuego! —ordenó el jefe.

La docena de armas sonaron a la vez. En el pequeño claro hubo gritos de dolor, exclamaciones, alaridos... Cinco hombres cayeron rodando, soltando sus armas. Los demás se detuvieron en seco, y tras un instante de indecisión, dieron media vuelta y emprendieron el regreso, perseguidos por las balas que todavía derribaron a otros dos hombres.

Los hasta entonces perseguidores desaparecieron entre los abetos, y el silencio fue súbito y terrible.

—¡Vamos tras ellos antes de que se reorganicen! —gritó el jefe, poniéndose en pie.

Nick y Fuchs hicieron lo mismo, gritando el primero:

—Pero... ¿de dónde han salido ustedes...?

—¡No hay tiempo para explicaciones! ¿Estás bien, puedes venir con nosotros?

—Bueno, sí, estoy...

—¡Dadle un arma a Nick!

Nick Barry se encontró con una pistola en la mano, pero su estupefacción alcanzó la cumbre cuando, de pronto, uno de los hombres se plantó ante él y dijo:

—Ve tranquilo. Yo me encargo de Fuchs.

—¡Aldo! —aulló Nick—. ¡Pero...!

Aldo Weston dio una palmada en un hombro a su compañero.

—Estoy perfectamente, Nick, pero no tanto como para luchar. Yo me quedo con Fuchs. ¡Ve con los demás!

—¡Nick! —gritó el jefe, ya casi en el claro—. ¡Maldita sea!, ¿vienes o no vienes?

Nick Barry sacudió la cabeza, y echó a correr en pos de sus compañeros y el jefe.

No volvió la cabeza.

En realidad, tenía la mente en blanco. No comprendía nada de nada. ¿Cómo habían llegado sus compañeros de la CIA a aquel lugar, de dónde habían salido?

Atravesó el claro sin darse cuenta. Era como un robot cuyos circuitos estuvieran sufriendo una interferencia tremenda. Gritó cuando las balas zumbaron por encima de él, y se tiró de bruces al suelo, cayendo junto a su jefe, ya entre los abetos. A derecha e izquierda, varios hombres de la CIA estaban replicando al fuego.

—Pero ¿qué te pasa? —le gritó el jefe—. ¿Estás bien o no estás bien?

—Sí... Sí, señor, sí, estoy... bien.

—¡Pues no lo parece! Esa gente está disparando, ¿sabes? ¿Cuántos son?

—No lo sé... No sé exactamente, señor. Diez o veinte, no pude verlos a todos.

—Está bien —los disparos seguían crujiendo junto a ellos y delante, las balas seguían zumbando—. ¿Qué hay en la casa? ¿Qué ha ocurrido allí?

Las voces parecían saltar también en pedazos, por entre los disparos de uno y otro bando. Los de la CIA se pusieron en pie, y reanudaron el avance, sin dejar de disparar. Nick quiso seguirlos, pero el jefe le retuvo por un brazo.

—Cálmate. El avance será lento. Y quizá convendría que algunos de nosotros saliéramos del bosque para llegar a esa casa por la parte de atrás. Sea como sea, no escapan.

—Tienen coches, y una avioneta.

—No escapan, de todos modos. Y te lo voy a demostrar —el jefe metió la mano bajo su ropa, y sacó la radio de bolsillo—. Dennis, ¿me oyes?

—Le oigo perfectamente, señor —sonó la voz en el pequeño aparato.

—Parece que esta gente dispone de una avioneta. Estad preparados con los dos helicópteros por si consiguieran despegar. Con seguridad, esa avioneta es más rápida que nuestros helicópteros, de modo que si despegan tenéis que abatirla enseguida, antes de que tome velocidad. ¿Está claro?

—Por supuesto, señor. Todo entendido.

—Bien —el jefe cerró la radio, la guardó, y volvió el rostro hacia el petrificado Nick—. ¿Qué hay en la casa, Nick?

—Nada... Bueno, hay un hombre que parece dirigir todo este grupo, un alemán que dice llamarse Heinrich Faber.

—¿Y qué está haciendo ahí? Esto no es una station corriente, ¿verdad?

—No... Me parece que no.

—Tengo la impresión de que hemos dado con algo importante gracias a esa muchacha que...

—Ella es rusa, señor. Se llama Marta Donovan, y trabaja para la KGB. Su objetivo es...

—Señor —rodó por el suelo uno de los hombres hasta ellos—, podemos seguir adelante, ellos continúan el retroceso. Creo que deberíamos seguir sin darles tiempo para que tomen posiciones más seguras.

—Tienes razón —asintió el jefe—. Luego seguiremos hablando de esto, Nick. ¡Ahora, vamos a por ellos!

CAPÍTULO VIII

Solamente siete hombres, tres de ellos heridos, consiguieron llegar a la casa, dentro de la cual, Heinrich Faber, lívido como un muerto, se abalanzó hacia ellos, gritando:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué está ocurriendo ahí fuera?

—No lo sabemos —jadeó uno de los ilesos—. ¡De pronto, aparecieron muchos hombres disparando contra nosotros! ¡Nos sorprendieron, a la primera descarga ya abatieron a cinco de los nuestros! Sólo quedamos nosotros.

El demudado Heinrich Faber miró a los hombres que le quedaban. Afuera ya no se oía nada, pero era fácil comprender que la casa sería atacada muy pronto.

—¿Cuántos son ellos? —jadeó.

—No lo sabemos. Pero no pueden ser menos de quince o veinte.

—Pero... ¿qué son? ¿Rusos, alemanes, americanos...?

—Me parece que son americanos. Oí algo en inglés.

Heinrich Faber parecía un cadáver puesto en pie. Todavía, en su mente, persistía la idea, la esperanza, de que aquello no fuese real, sino una pesadilla. ¡Americanos! ¿Cómo habían llegado hasta allí, quién los había guiado?

La lógica se impuso. Es decir, su mente le dio la única respuesta lógica de que disponía utilizando los datos almacenados en ella: el americano. ¡El maldito cerdo americano, Nick Barry! La enormidad de la trampa era espantosa.

—Tomad posiciones 7 —dijo con voz aguda—. ¡Retenedlos como sea mientras yo pido instrucciones!

—¿Retenerlos? —Casi gritó el otro—. ¡Es imposible! Creo que ellos no han tenido ni una sola baja, y disparan como...

—¡Frenadlos como sea durante unos minutos! —aulló Faber.

Dio la vuelta, y se adentró en la casa, hasta el pequeño cuarto donde tenía la emisora. Sus manos temblaban cuando la puso en funcionamiento, y su voz sonó chillona, quebradiza, cuando comenzó a informar de la situación, en ruso.

La respuesta llegó también en ruso. Una respuesta que dejó sin habla a Heinrich Faber. Insistió, como si no hubiera entendido bien, pese a que sabía que era así, y que ésa era, simplemente, la respuesta que esperaba. No podía haber otra. Y, además, todo estaba preparado desde un principio para solventar de aquel modo una emergencia como la actual.

La orden era volar en pedazos los dos bombarderos.

Mientras algunos agentes de la CIA vigilaban la casa desde la linde del bosquecillo, los demás, provistos ahora de linternas, estaban apartando las enormes lonas cosidas una a otra que formaban grandes cubiertas de camuflaje sobre lo que, ahora ya lo sabían todo, eran dos enormes aviones.

Enormes en comparación con la avioneta, pero no demasiado grandes comparados con los últimos modelos de esta clase de aparatos.

—¡Señor! —gritó uno de los agentes—. ¡Venga a ver esto!

—Vamos allá, Nick —gruñó el jefe.

Nick le siguió, como un sonámbulo. Cuando ambos llegaron junto a su compañero, éste y otro mantenían en alto una parte de la lona que cubría uno de los aviones, y la luz de la linterna daba de lleno en un lado del fuselaje, iluminando las insignias.

El jefe tardó unos segundos en poder murmurar:

—¿Qué hace aquí un bombardero polaco?

—Ni idea, señor. Lo que sí puedo asegurarle es que este viejo trasto todavía puede volar perfectamente, y que tiene pista suficiente para hacerlo, si lo manejan unos buenos pilotos.

—¿El otro es igual? ¿Otro bombardero polaco?

Segundos más tarde, esto era comprobado: era otro bombardero de las fuerzas aéreas polacas.

Ambos tenían abierta la compuerta de acceso, y todo lo que tuvieron que hacer fue aproximar las escalerillas para poder entrar en uno de los aviones. Lo hicieron Nick, el jefe, y cuatro hombres más, que se distribuyeron rápidamente dispuestos a registrarlo todo. Lo más fácil y rápido de saber fue la carga del bombardero.

—Está cargado, señor —legó diciendo uno de los agentes.

El jefe hizo una pregunta tonta, pero con la esperanza de que no fuese tan tonta:

—¿De qué? —murmuró.

—De bombas, señor. Convencionales, por supuesto, pero la carga es suficiente para hacer verdadero daño en cualquier ciudad, o factoría, o puerto... En fin, todo un cargamento completo.

—Y el otro también debe estar cargado... Y son bombarderos polacos. No entiendo lo que...

—¡Señor! —Llegó gritando uno de los agentes, procedente de la cabina de vuelo—. ¡Hay una carga de explosivos conectada a un sistema de radio en la cabina! ¡Y salen tantos hilos que creo que todo el avión está preparado para volar en pedazos! ¡Debe haber cargas metidas entre el fuselaje, en todas partes! ¡Si esto explota quedará convertido en un montón de chatarra irreconocible!

—¿Puede eso afectar a las bombas, hacerlas explotar?

—Seguramente, no, pero podría ser. Y si una de ellas, una sola de ellas, hace explosión...

—¡Todo el mundo fuera de aquí! —gritó el jefe—. ¡Alejémonos de este lugar, pronto!

El avión fue abandonado a toda prisa. Aldo Weston y Fuchs estaban ya allí, y pareció que Fuchs fuese a decirle algo al jefe, pero éste no le dio tiempo:

—¡Esto puede explotar en cualquier momento! ¡Tenemos que alejarnos, eso es lo primero! ¡No! ¡No utilicéis esos coches, puede que también estén conectados!

—Ahora comprendo lo de los polacos —dijo Fuchs.

—¿Qué?

—Había hombres polacos entre esa gente —explicó la muchacha —; supongo que debían ser los encargados de pilotar estos aviones.

—Pero... ¿con qué objeto? ¡Estamos en la Alemania Oriental, no en Polonia! —aulló el jefe.

—¿Qué estás tratando de decir? —Gruñó Nick.

—Se me ha ocurrido que...

—¡Por el amor de Dios! —La interrumpió el jefe—. ¡No podemos permanecer aquí charlando como si tal cosa! ¡Tenemos que alejarnos! ¡Y cuanto antes! ¡Vamos, vamos, deprisa!

—Si nos alejamos de la casa, ellos vendrán a por los aviones —

dijo Fuchs.

—¡Y si vamos hacia la casa seguimos dentro del radio de acción de la explosión! ¡Estos dos aparatos están llenos de bombas!

—Precisamente por eso no podemos dejarlos en manos de Heinrich Faber. Si le dejamos campo libre, se los llevará. De modo que si nos vamos, tenemos antes que asegurarnos de que estos aparatos no podrán despegar.

—Eso es relativamente fácil —intervino uno de los agentes—; podemos disparar contra las ruedas del tren de aterrizaje. Si las reventamos, estos trastos quedarán aquí anclados.

—¡Hágalo inmediatamente y larguémonos de aquí! —ordenó el jefe.

Varios hombres se apresuraron a disparar contra las enormes ruedas. El objetivo se consiguió, pero la dureza de las cubiertas era tal que algunas balas que las acertaron oblicuamente rebotaron, y una de ellas hirió a uno de los hombres en una pierna. El herido fue recogido rápidamente, y se inició la retirada, mientras Fuchs hablaba con el jefe, que tras escucharla ordenó, siempre a gritos:

—¡De ninguna manera debemos perder de vista la casa! ¡Ese Faber debe ser cogido prisionero! ¡Formen un cerco, pero de lejos! Y tengan cuidado no quede alguno de esos hombres todavía vivo y dispare contra ustedes...

En pocos segundos, la zona quedó despejada, al menos en explosión de las cargas que estaban distribuidas de modo que destrozarían los dos aviones. La explosión de las bombas ya era otra cosa. Cabía esperar que su cubierta resistiera la explosión de las cargas, y que no se produjera la detonación; pero si esto sucedía los resultados eran imprevisibles..., pero terribles.

El repliegue se produjo ordenadamente pese a la rapidez. Los hombres se fueron separando, corriendo algunos, por parejas, para ocupar las posiciones más alejadas, al otro lado de la casa dentro de la cual no se percibía movimiento alguno.

—¿Dónde está Nick? —preguntó de pronto Aldo Weston.

No obtuvo respuesta.

—¡Nick! —llamó el jefe—. ¡Nick Barry!

Sin respuesta. Aldo miró de pronto a ambos lados de él, buscando a la luz de las linternas a otra persona..., que tampoco estaba allí.

—Ella tampoco está, señor —dijo con voz tensa.

* * *

En el momento en que Heinrich Faber cerraba la puerta de la caja fuerte situada a un lado de la pequeña habitación de la radio, uno de sus hombres entró, agitado, exclamando:

—¡Se acerca uno de ellos! ¡Y lleva bandera blanca!

Faber quedó estupefacto. ¿Bandera blanca? Eso era una estupidez. Los americanos debían saber perfectamente que estaban ganando la partida. Los tenían completamente acorralados. ¿A qué venía la tontería de parlamentar?

Y de pronto, sonrió, y bajó la mirada hacia la caja que tenía en las manos, recién sacada de la caja fuerte. Una caja metálica, en cuyo interior estaba el dispositivo de radio que enviaría la onda adecuada para hacer estallar las cargas de pulverización de los dos bombarderos.

Los americanos se habían dado cuenta. Habían entrado en los bombarderos, habían visto las cargas..., y ahora querían parlamentar. ¿Por qué no? ¿Por qué no esperar hasta el último instante para darlo todo por perdido?

—¿Viene uno solo? —preguntó.

—Sí, uno solo. Los demás no se ven, se han metido dentro del bosque.

—O sea, que se han alejado de los bombarderos.

—Sí.

—Bien —sonrió de nuevo Faber—. ¡Bien! Vamos a ver a ese parlamentario. No perdemos nada escuchándolo.

Con la caja en las manos, salió del cuarto, y fue rápidamente a la ventana del vestíbulo desde la cual se veía el bosque. Frente a la casa estaba el solitario, parlamentario, enarbolando la bandera blanca: un pañuelo anudado al extremo del cañón de una metralleta.

Heinrich Faber lo reconoció inmediatamente, y su gesto se endureció: allá tenía al maldito Nick Barry, el muy cerdo.

—Dejadle entrar —ordenó.

La puerta fue abierta, y a los pocos segundos Barry entraba en la casa. Faber señaló la metralleta que mantenía en alto Barry, y el

arma le fue arrebatada inmediatamente al americano, que dijo, tranquilamente:

—Quiero hablar con usted, Faber. A solas.

—¿Por qué a solas? —Pareció escupirle Faber.

—Será mejor para todos.

Todavía dudó Faber unos segundos, siempre fija su hosca mirada en Nick. Por fin, asintió con la cabeza, mientras gruñía:

—Regístradlo.

Nick Barry fue registrado, sin que se le encontrase ningún arma. Faber le precedió hacia la sala, entraron ambos, y el propio Nick cerró la puerta. La cruel mirada de Heinrich Faber se mantenía fija en él. Nick señaló la caja.

—¿Está ahí el dispositivo de disparo? —murmuró.

—Así es. Sólo tengo que alzar la tapa, apretar un botón, y los dos bombarderos saltarán en pedazos tan minúsculos que quedarán irreconocibles.

—Pero pueden estallar también las bombas, y entonces...

—¿Qué es lo que quiere usted? —cortó fríamente Faber—. ¿Está tramando alguna nueva porquería?

—Escuche, Faber, si esas bombas explotan no quedará ni rastro de ninguno de nosotros, ¿no es así?

—A esta distancia, sí, desde luego. Y sépalo: explotarían. Ya le he dicho qué todo está preparado para que no quede ni rastro de esos dos bombarderos. Ustedes nunca podrían probar nada.

Nick Barry sonrió amistosamente.

—Vamos, Faber, está usted hablando como si yo estuviera de parte de ellos, y sabe muy bien que no es así.

—Usted me ha traicionado por fin, Barry.

—Claro que no. Déjeme explicarle... Cuando hablamos la última vez ya quedó todo bien claro, ¿no es cierto? Yo debía escapar, llevándome a Fuchs, mientras sus hombres, obedeciendo las órdenes de usted, disparaban, pero no para acertarnos. En fin, que teníamos que escapar. Entonces, Fuchs y yo seguiríamos hacia París, y cuando llegásemos allá y ella hubiera recogido esa información de los demonios, yo la mataría y destruiría esos documentos. ¿No fue éste nuestro trato?

—Sí. Pero...

—Seguramente estamos rodeados ahora por veinte hombres de

la CIA, Faber. Pero ellos no harán nada, de momento, porque saben que usted puede apretar ese botoncito —señaló Nick la caja— y hacernos volar a todos en pedazos. De todos modos, el objetivo de ellos es cazarlo a usted vivo, y yo no quiero que eso suceda, de modo que le voy a ayudar a escapar.

—No me fío de usted.

—Maldita sea —masculló Nick Barry—. ¡Le digo que no le he traicionado en ningún momento! Hace tiempo qué trabajo para usted, y siempre le he servido bien, ¿no es cierto?

—Sí —titubeó Faber—. A cambio de mucho dinero, pero debo admitir que siempre me ha servido bien..., hasta ahora.

—Mire, yo no tengo la culpa de que esos veinte hombres de la CIA estén ahí fuera. No entiendo cómo han podido venir, cómo nos han encontrado..., aunque empiezo a barruntar algo. De momento, todo lo que yo he hecho ha sido favorable a usted, eso no puede negarlo. En cuanto tuve la oportunidad, le avise telefónicamente desde Konigsutter, para que nos detuvieran y nos trajeran aquí. Lo hice bien, y ella no sospechó nada, pero todo se complicó cuando resultó ser rusa, y ser todo un truco de la KGB. De todos modos, mantuvimos el truco inicial de engañarla para conseguir esa información. Yo no podía hacer al principio más que lo que hice, es decir, seguirle la corriente, simular que la quería llevar a París..., hasta que consiguiera la información. Entonces debía matarla y destruir esa información. Al saber que sólo si ella llegaba viva a París podríamos rescatar la información, planeamos la fuga. Y créame, Faber: ni en sueño podía yo imaginar que iban a aparecer los de la CIA... Llevo mucho tiempo trabajando para usted, traicionándolos a ellos, ¿no es cierto?

—Sí... Sí, desde luego —masculló Faber.

—Entonces, ¿por qué tenía que traicionarle a usted precisamente ahora? ¿Puede decírmelo?

—¡No lo sé! ¡Pero el hecho cierto es que esos hombres están ahí!

—Sí —murmuró Nick Barry—, están ahí. Y como le he dicho, barrunto cómo ha sido eso posible.

—¿Cómo?

Nick Barry se acercó a un sillón, y se dejó caer en él, como vencido.

—Mucho me temo que, finalmente, la CIA desconfió de mí.

Debieron comprender que yo les estaba traicionando, y entonces, jugaron sus cartas, para asegurarse, y, al mismo tiempo, llegar hasta el hombre de quien yo recibía órdenes: usted. Y no sólo han conseguido esto, sino que han llegado hasta esos bombarderos. Cometió usted un error al traernos precisamente aquí Faber, debió llevarnos a Fuchs y a mí a cualquier otro sitio.

—Yo confiaba en usted —gruñó Faber.

—Y con motivos. Pero el juego lo ha llevado en todo momento esa mujer.

—¿La rusa?

—No es rusa. Ni alemana. Es americana, Faber.

—¿Qué? —saltó el alemán.

—¿No comprende la jugada? La CIA desconfiaba de mí, y quisieron asegurarse. Entonces montaron toda la comedia, utilizando en todo momento personal de la CIA: los que nos persiguieron, las llamadas de radio, los muertos, todo, excepto la ejecución de un asesino como Karl Hofer, ha sido fingido. Y todo ello, para, finalmente, obligarme a mí a ponerme en contacto con usted. Lo hice, usted envió a sus hombres a recogerlos en Konigslutter..., y entonces la suerte quedó echada: la CIA, que estaba en todo momento cerca de nosotros, me vio telefonear, y aunque yo podrá decir que a quien llamé fue a mi contacto de la CIA para pedir ayuda, lo cierto fue que luego aparecieron sus hombres, y nos trajeron aquí. Fue entonces cuando la CIA nos siguió. Y no han atacado esperando el momento en que ella, tras conseguir la certeza absoluta de que yo soy un traidor, estuviera a salvo...

—Pero... ¿quién es esa mujer?

—Bueno —sonrió torcidamente Nick Barry—, digamos que por fuerza tiene que ser una espía americana digna de todo respeto, ¿no? Ha sabido jugársela con todo coraje. Y todo, para cazarme a mí, y, al mismo tiempo, a toda la red a la que yo estaba sirviendo traicionándolos a ellos: la red de usted, Faber. Y encima, lo de los bombarderos... ¡Qué grandiosa jugada! ¿No le parece admirable?

—Tal vez. Pero jamás tendrán esos bombarderos, porque yo los voy a destruir.

—¿Por qué? Eso significaría la muerte de todos.

—Sí, pero debo hacerlo. Usted no entiende, Barry... Esos bombarderos polacos debían ser enviados a Rusia, para bombardear

un sector determinado, donde no causarían demasiado daño... Pero los aviones serían, naturalmente, detectados, y obligados a aterrizar. ¿Se da cuenta? Aviones polacos, con personal polaco, que habían agredido a la Unión Soviética militarmente. ¿No sería eso un motivo más que suficiente para que los ejércitos soviéticos invadieran Polonia de una vez por todas?

—Magnífica jugada —admitió Nick Barry—, pero, claro, ya no se podrá realizar. Esos aviones no van a poder despegar, y serán discretamente destruidos, ya que la CIA, ahora, tiene que haber comprendido la jugada, y no tardará en pasar la información de esa posible estratagema posiblemente a la mismísima ONU: Lo que significa que, de todos modos, vuele o no vuele usted esos aparatos, la operación ha fracasado.

—Lo sé. Pero al menos, los destruiré, para que no queden las pruebas que...

—No —sonrió Nick, sacando de pronto una pistola de su tobillo derecho y apuntando a Faber—. Usted no va a destruir nada, Faber. ¿Y sabe por qué? Pues, porque de eso depende mi supervivencia. ¡No intente alzar esa tapa!

Heinrich Faber, que había movido los dedos, quedó como paralizado. Nick Barry sonrió secamente, y movió la pistola.

—La recogí ahí fuera, y me la escondí en la pantorrilla, sujetándola con unas tiras de ropa. Un pequeño truco..., que va a servirme no sólo para conservar la vida, sino para que todas las sospechas que pudieran haber sobre mí se disipen. Y no sólo eso, sino que seré considerado todo un héroe. Y ello, porque le voy a matar, le voy a quitar esa caja, y la voy a entregar a la CIA. ¿Cómo podrían seguir sospechando de mí después de esto, de proporcionarles tan gran triunfo como significan esos aviones polacos cargados y dispuestos a bombardear Rusia? Imposible creer que yo sea o haya sido traidor. ¿Me comprende, Faber?

—Es usted la más sucia rata que he conocido en mi vida —jadeó Heinrich—. Primero traiciona a la CIA, y ahora a nosotros.

—Cuestión de supervivencia, amigo mío. Lo que siempre me ha interesado por encima de todo ha sido el dinero, y gracias a eso han estado ustedes disponiendo de mis servicios durante todo este tiempo. Pero ahora, todo lo que deseo es sobrevivir... ¡Y no será por culpa de usted que no lo consiga! El estampido del disparo retumbó

en la sala. Heinrich Faber recibió la bala en el centro de la frente, y saltó hacia atrás con un gesto violento, para caer de espaldas, con la cabeza reventada por la parte de atrás. La caja metálica cayó al suelo, rebotó con seco chasquido..., y nada sucedió. Nick saltó hacia ella, y la cogió, y alzó rápidamente la tapa.

En ese momento se abría la puerta, y aparecían dos de los hombres que habían esperado afuera. Nick había dejado la pistola, pero mostró la caja. Su última jugada: si fallaba, moriría él y todos; si daba resultado, habría ganado, habría salido de la difícilísima situación.

—Un solo disparo —dijo fríamente—, un solo gesto de agresión contra mí, y todos volaremos en mil pedazos. En cambio, si os entregáis a la CIA, prometo conseguir que os envíen a cualquier parte lejos de aquí, sin más explicaciones, ni complicaciones. Decididlo en tres segundos.

* * *

El agente de la CIA encargado de desmontar la caja y la radio que contenía, alzó de pronto la cabeza, y lanzó un fuerte suspiro, mientras se limpiaba el sudor de la frente con una manga.

—¿Lo has conseguido? —exclamó el jefe.

—Sí, señor —sonrió el espía—. Todo solucionado: esas cargas no explotarán, la onda ha sido anulada. De todos modos, ahora que ya no hay peligro inmediato de explosión, sería conveniente que fuésemos a los bombarderos a desconectar todos los cables..., no sea que aparezca otra caja como ésta por aquí.

—¿Puedes encargarte de ellos con algunos muchachos?

—Por supuesto.

—Hazlo ahora mismo. Recoged todas las linternas que haya por aquí.

El agente de la CIA abandonó la sala. En ésta, quedaron el jefe, dos agentes más, Aldo Weston, Fuchs, y, por supuesto, Nick Barry, éste sentado en un sillón, cigarrillo en mano.

—Bueno —dijo Nick—, parece que todo ha terminado felizmente... Al menos, para nosotros. Esto no les va a gustar a los rusos, ya que...

—Esto no es cosa de los rusos —cortó secamente Fuchs.

Nick la miró asombrado.

—¿Cómo que no? ¡Ese Faber trabajaba para los rusos, como casi todos los agentes de la Alemania Oriental!

—No. Heinrich Faber trabajaba para alguien que deseaba que Polonia fuese invadida por Rusia, pero no para los rusos. Posiblemente, cierto sector capitalista de la propia Polonia adicta a Rusia, pero no por Rusia no haría una cosa así, Nick.

—Hablas así porque eres rusa —gruñó Nick, siguiendo su juego—, pero yo no soy ruso, y no tengo por qué querer desvirtuar lo que resulta evidente.

—Si no hubieras matado a Faber le habríamos obligado a decir la verdad, pero lo hiciste, y con ello te has perdido, Nick, porque nos has convencido definitivamente. No lo has matado para que te consideremos un héroe, o al menos no sólo por eso, sino para evitar que él nos dijera que eres un traidor.

—¿Yo un traidor? —exclamó Nick Barry, lanzando una carcajada que sonó a hueco—. ¡Estás olvidando que él, Faber, pedía instrucciones a la propia KGB, y que...!

—Lo simulaba, pero no era así. No era él sólo quien sabía simular. Nosotros también hemos simulado. Empezando por el ataque a Aldo en Berlín, que no fue tal, sino una añagaza para obligarnos a ti y a mí a escapar juntos..., para que finalmente, creyéndote acorralado, nos condujeras precisamente hasta el hombre al que durante tanto tiempo has estado sirviendo, en contra de la CIA. Tú estabas mintiendo, y nosotros también. Y nosotros hemos ganado. Si alguna duda nos quedaba, te delataste al matar a Faber, para que no hablase. En cuanto a mí, ciertamente, no soy rusa.

—Pero entonces... ¿quién eres? —jadeó Nick.

—Yo te lo diré —se adelantó Aldo Weston, colocándose junto a la muchacha y pasándole un brazo por los hombros—. ¿Recuerdas a un agente de la Alemania Oriental llamado Wilhem Bohmler?

—No —negó Barry, al tiempo que palidecía intensamente—. No, no lo recuerdo...

—Claro que lo recuerdas. Lo recuerdas perfectamente, porque como a otros muchos que como él trabajaba para la CIA, tú lo delataste a Faber y su grupo de criminales. Wilhem fue asesinado misteriosamente, pero para nosotros ya no era tanto el misterio,

pues teníamos los ojos puestos en ti. La muerte de Bohmler fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso, ya no tuvimos dudas. Entonces, utilizamos a Marlene para tenderte la trampa en la que has caído.

—Pero... ¿quién es ella? —insistió Barry.

—Ella es hermana de Wilhem Bohmler —explicó fríamente Aldo Weston—, y como el mismo Bohmler, estuvo un tiempo formando parte de los servicios secretos de Alemania Oriental bajo la dirección de la KGB. Sólo que, mientras Wilhem tuvo fuerzas para mentir y seguir trabajando, Marlene no se vio capaz de tanta mentira. Así que, en cuanto tuvo oportunidad, lo dejó todo, se escapó, y se casó con un americano hace casi dos años. Desde entonces vivía feliz y tranquila lejos de todo esto..., hasta que yo personalmente le dije que podíamos cazar al traidor que había sido causante de la muerte de su hermano, y aceptó volver a representar el papel más difícil de su vida, la misión más arriesgada que jamás se le hubiera ofrecido. Los dos hemos estado sufriendo estos días, pero ha valido la pena.

—¿Los dos? ¿A quién más te refieres?

—A mí. Marlene es mi esposa.

Nicholas Barry miraba incrédulamente a Fuchs y a Aldo Weston, ahora abrazados.

Y de pronto, cometió la última y mayor torpeza de su vida: se echó a reír, exclamando:

—¡Tu esposa! ¡Pero si esta mujer ha sido mía...! ¡La he tenido en la cama, he hecho con ella...!

—Has hecho con ella lo que ella ha querido y lo que yo estaba dispuesto a aceptar con tal de tener la certeza de que sabríamos la verdad y eliminaríamos una víbora —dijo serenamente Aldo Weston—. Lo que tú hayas hecho no nos importa ni a Marlene ni a mí, son sólo cosas periféricas a nuestro amor, no has significado nada, y ya está olvidado, porque nuestro amor va más allá de lo físico, de las suciedades de ratas como tú. Ya estás olvidado, Nick Barry.

—¡Claro que no! —rió cruelmente Barry—. ¡Esta mujer ha sido mía, y tú nunca podrás olvidar eso!

—Ya te he dicho que está olvidado.

—Todavía no —dijo Fuchs—. Todavía no está olvidado, querido. Él insiste en que he sido suya, y no voy a quitarle la razón

completamente. Es más, voy a descender de nuevo a su terreno miserable y ruin, por unos segundos. ¿Dices que soy tuya, Nick?

—Así es... ¡Completamente mía!

—No —sonrió Fuchs—. Completamente, no. Sólo muy parcialmente y muy externamente, nada que valga la pena. Pero en una cosa sí soy tuya del todo, querido.

—¿En qué?

—Soy mortalmente tuya. En eso, sí, completamente, mortalmente tuya.

Dicho esto, Fuchs apuntó con una pistola a la cabeza del traidor, y, sin dar tiempo a reaccionar a nadie, ni siquiera a Aldo Weston, apretó el gatillo.

La cabeza del traidor reventó.

—Ya lo ves —dijo fríamente Marlene—; mortalmente tuya..., a todos los efectos.

Y, de pronto, dejó caer la pistola y rompió a llorar estruendosamente.

ESTE ES EL FINAL

Desde la ventana del chalet rodeado de nieve, Marlene lo vio llegar, en un taxi, que enseguida emprendió el regreso a la ciudad de Viena. Cargado con una pequeña maleta de viaje, Aldo Weston caminó lentamente hacia la puerta, y ella, sintiendo latir fuertemente el corazón, fue a abrirla.

—Hola —sonrió Aldo—. Ya estoy aquí. Observo que ha caído una hermosa nevada, en estos días. Perfecta para tomar un *whisky* junto a la chimenea. ¿Tenemos *whisky*?

—Sí —murmuró Marlene.

—Perfecto. —El entró, cerró la puerta, dejó la maleta en el suelo, y la abrazó—. Y apuesto cualquier cosa a que la cena está lista, aunque haga ocho días que estoy fuera de casa.

—La cena está lista —susurró Marlene.

Aldo Weston asintió, besó en la boca a su esposa, y abrazándola por la cintura caminó hacia el interior del acogedor chalé, en cuya salita, en efecto, ardía un alegre fuego en el hueco de la chimenea.

Él se sentó en un sillón. Ella le preparó un *whisky*, fue a llevárselo, y él la tomó de la mano y la sentó en sus rodillas.

—¿Todo bien por aquí? —se interesó Aldo.

—Sí... ¿Y lo tuyo? ¿Conseguiste...?

—Arreglado. Tuvieron que comprenderlo. Desde hace veinte horas he dejado de ser un espía. Ya hemos tenido suficiente tú y yo de espionaje, mi amor. Lo mejor será que lo olvidemos todo.

—¿Todo, todo..., todo?

—Absolutamente todo. Marlene, no te tortures más —la miró directamente a los ojos—; nuestro amor está por encima de esas cosas. El amor físico, o mejor dicho, el simple contacto físico, no tiene ningún valor. Es como el humo. —Aldo señaló con la barbilla

hacia la chimenea—. Aparece, se ve un instante, y se desvanece. No vale nada. Lo que vale es el fuego. ¿Tuvo aquel traidor alguna partícula de tu fuego?

—No... ¡No! Yo solo... tenía que conseguir...

—Fue una servidumbre del espionaje. Terminó. Y el humo se ha desvanecido. Marlene, entiéndelo. —Aldo la besó en el escote—, yo no soy un cretino, ni un hombre cavernario. Soy un hombre actual, inteligente, consecuente..., y además, te amo y sé que tú me amas. ¿He dicho algo que no sea verdad?

—No, mi amor —sonrió Marlene—. ¡Todo lo que has dicho es verdad!

—En ese caso, quedémonos con nuestro fuego, y que el diablo se lleve las cenizas.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...